

ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA PERSONALIDAD

«La dicha suprema del ser humano
consiste en la personalidad».

(Goethe) ¹

JUAN A. CABEZAS

Distintos modos de enfoque

La primera cuestión que se plantea a quien se acerca a estudiar la *personalidad*, desde una perspectiva psicológica, es determinar exactamente el lugar reservado dentro del ámbito de la Psicología para abordar su estudio. Cuestión de emplazamiento. Pero esta cuestión, que tiene indudablemente más importancia de lo que a primera vista pudiera parecer a un «profano» —como diría Freud—, depende estrechamente del *cómo* se la enfoque o considere. Cuestión de método. La mayor parte de nuestros manuales de Psicología reservan su estudio para el final. La personalidad —dicen— constituye el último capítulo, «*l'objet dernier*» (Mieli) de la Psicología. Es la consecuencia lógica de una concepción y de un enfoque *analista, atómico y fragmentario* de la vida mental en general y de la personalidad en particular ².

Para otros, en cambio, la personalidad constituye el «*terminus a quo*» no el «*ad quem*» del itinerario intelectual del psicólogo. Es igualmente la lógica consecuencia de una concepción *unitaria y sintética* de la Psicología. Esta manera de ver y enfocar la personalidad, que es la nuestra, ha sido históricamente expuesta y defendida por las grandes escuelas del *Funcionalismo, Gestaltismo y Psico-análisis* ³. Su esquema argumental viene

1. Citado por C. G. JUNG, *La realidad del alma*, Ed. Losada, Bs. As., 1957, p. 139.

2. Esto nos revela hasta qué punto ha sido profunda y duradera en Psicología la huella de W. Wundt.

3. E. FROMM, hablando de la mayor contribución del Psicoanálisis, dice que «está en el hecho de que la teoría psicoanalítica es el *primer* sistema psicológico moderno cuyo ob-

a reducirse a este: La Psicología, *ciencia natural*, no puede jugar con abstracciones, sino con realidades *existenciales* y *concretas*. Estas realidades —objeto de la Psicología— no se presentan nunca ni aisladas, ni anónimas, ni impersonales. Son siempre o *mías*, o de *éste* o de *aquél*; es decir, llevan indefectiblemente el sello, la divisa, el marchamo de un «yo» que se las apropia y personaliza. Se presentan, diría Murphy, como «aspectos distintos de una *totalidad*». Y es este «yo», este «*todo*», digamos, la *personalidad* quien organiza, integra y unifica a toda esa urdimbre que es la realidad psicológica. Las funciones y realidades psicológicas «*desmembradas*» y aisladas de ese «yo» de esa totalidad existencial, que las asume a todas, y dentro de la cual cumplen cada una su función determinada, no tienen sentido, son puras abstracciones, realidades muertas.

Importancia y dificultad del tema

La *personalidad* —podemos afirmarlo sin la menor reserva— polariza hoy por hoy la atención de biólogos, sociólogos, psiquiatras, antropólogos, culturalistas, psicólogos, pedagogos y hasta filósofos y teólogos; es decir, de todos aquéllos que de una manera u otra se ocupan y preocupan por el problema del hombre. La Psicología estructuralista de cuño wundtiano, a la que antes hemos aludido, está ya condenada definitivamente al ostracismo. «El estudio de la personalidad —escribe el P. Gemelli— y la determinación de sus caracteres diferenciales, ha venido a ser como el *objetivo principal* de los psicólogos»⁴ (El subrayado es nuestro).

Y López Ibor, por no citar más que estos dos testimonios, nos asegura que «*en la Psicología actual, la personalidad viene a desempeñar el papel del alma en la psicología de Santo Tomás de Aquino, Descartes o Luis Vives*»⁵.

La psicología actual se asienta y cimienta indiscutiblemente sobre la *personalidad*.

El tema, sin embargo, es extremadamente complejo y difícil. «La personalidad, escribe a este respecto R. Mieli, «es el objeto último y por tanto el *más complejo* de la Psicología»⁶. Hacer la psicología de la personalidad,

jeto principal no lo constituyen aspectos aislados del hombre, sino su *personalidad*» (El subrayado es nuestro).

Ética y Psicoanálisis, «Fondo de Cultura Económica», México, 1966, p. 42. Fromm no matiza, exagera, pero el juicio a este respecto de Ortega sobre el Psicoanálisis lo encontramos, en cambio, superficial e infundado.

El espectador, «Revista de Occidente», Madrid, 1967, TV., pp. 112-113

4. *Psicología dell'età evolutiva*, Giufre, Milano, 1955, p. 11.

5. *Lecciones de Psicología médica*, «Paz Montalvo», Madrid, 1961, p. 13.

6. *Traité de Psychologie Expérimentale*, P. U. F., París, 1963, T. V., p. 15.

equivale un poco a hacer la psicología de toda la Psicología. La vida psicológica se nos da y presenta en bloque, en toda su enorme complejidad real ⁷. A esa dificultad intrínseca que arranca de la entraña misma del problema, se añaden otras extrínsecas: Biólogos, sociólogos, antropólogos, filósofos y teólogos tratan de llevárselo a su propio campo, creyéndole, en ocasiones, de su exclusiva competencia lo que viene a enmarañar aún más un asunto ya de suyo tan complicado. El propio P. Gemelli, después de afirmar que el estudio de la personalidad constituye la principal tarea de los psicólogos de hoy, añade:

«*Son muy diferentes los modos de concebir la personalidad*» ⁸. Por esto, Ch. Blondel confiesa, al comienzo de su estudio «*Personnalité*», que «*le problème du moi ne s'aborde pas sans inquietude*» ⁹.

Terminología

R. Rosenzweig —gran especialista en la materia— aconseja que «es necesario, al estudiar la personalidad, distinguirla de otros términos con los que tiene cierta semejanza ¹⁰. La Psicología, como la mayoría de las llamadas ciencias de observación, recientemente independizadas de la Filosofía, carecen todavía de una terminología acuñada, deslindada y precisa, tomada muchas veces directamente del léxico impreciso y hasta ambivalente de una psicología empírica o de la pura intuición artística. H. Pieron llega a decir a este respecto que «nuestros idiomas civilizados han permanecido en este dominio en el mismo nivel que las lenguas primitivas para la descripción de los fenómenos naturales. Contienen una pluralidad de lo-

7. G. MURPHY, en el prólogo de su voluminosa obra de 994 pp., escribe: «Desearía que este libro pusiese de manifiesto lo poco que sabemos acerca de la personalidad, y desvelará sus posibles relaciones con un dominio oscuro y dilatado, que todavía hoy nos es incomprendible» (El subrayado es nuestro).

Personalidad, Biblioteca de Estudios Políticos, Madrid, 1956, p. 7.

8. o. c., p. 11. «The study of personality —escriben Klein, Barr & Wolitzky— continues to be a many —faceted field, with diverse conceptions of its subject matter, and certainly no agreed— upon de marcation of the phenomena that be its proper concern as a distinctive speciality within psychology».

Personality, «The British Bournal of Psychology», Cambridge (1967), p. 113. Por su parte, J. Adelson, en un recientísimo estudio sobre la personalidad, nos dice «The field of personality these days is marked by *abundance, diffuseness, and diversity*. *Abundance*: there are roughly 500 citations in this year's literature, and aven that is a modest estimate; it does not include some relevant work in such neighboring areas as social, developmental, and clinical psychology... *Diffuseness*: it is hard to establish clar boundaries between personality and other psychologies... Above all, *diversity*: Sanford characterizes research in personality as a «disconcerting sprawl».

Personality, «The Journal of General Psychology», Massachusetts (1969), p. 136 (Los subrayados son nuestros).

9. *La personnalité*, P. U. F., París, 1948, p. 97.

10. *Methodes de la Psychologie*, P. U. F., París, 1952, t. II, p. 663.

cuciones diferenciadas que designan aspectos específicos incompletos de juicios de valores y no tienen términos conceptuales, generales y objetivos»¹¹.

En nuestro caso, el término «*personalidad*» se le utiliza y aplica, no pocas veces, como sinónimo de «*persona*». Ya hemos oído a López Ibor emplear el término *persona* por el de *personalidad*. Y hasta el mismo Ph. Lersch, siempre tan puntual y preciso, identifica y utiliza *unívocamente* «*persona*» y «*personalidad*»: «Finalmente» —dice textualmente—, por lo que respecta al problema de la relación entre el concepto de carácter y el de *persona*...»¹². Nuestro primer quehacer habrá de consistir en imponer un poco de orden, claridad y precisión en los términos.

Persona y personalidad

Etimológicamente tienen un mismo origen semántico, que unos lo hacen derivar de la palabra griega, πρόσωπον, προσωπεῖον = a la máscara, a la careta, a el disfraz con que cubrían y velaban su rostro los actores cómicos o trágicos para representar su papel. Otros del verbo latino «*personare*» = a resonar, sonar a través de...¹³; así cuando la nave de Eneas llega a la playa, para advertir a los compañeros de su presencia en aquel lugar, el héroe toma de la arena una concha y, utilizándola como amplificador, les grita, «*personat*». Pero oigamos a Unamuno, en este campo de su especialidad, que se pregunta: «Bien, ¿y qué es estilísticamente la persona? Conocidísimo es que la palabra persona no tiene que ver con sonar, significó primero la careta o máscara trágica o cómica que llevaba el actor antiguo cuando representaba lo que hoy llamamos papel; significó luego el papel o la persona, el personaje mismo representado, y por fin trasladando su acepción del teatro inmediato e ingenuo al teatro mediato y artificioso de la vida pública y civil pasó a representar el papel que uno hace en la trágica comedia de la historia, el personaje que representa. ¿Y el que no representa papel alguno histórico? —se me dirá— ¿Y el que no representa nada en la vida pública? A este le llamaban los griegos «idiota» que quiere decir particular»¹⁴.

Realmente, en cambio, la identificación entre personalidad y persona ni es recomendable ni está justificada.

11. Citado por RENÉ ZAZZO, *Conceptos franceses actuales de caracterología y el estudio del carácter*, en «Teorías de la personalidad», Eudeba, Bs. As., 1968, p. 99.

12. *La estructura de la personalidad*, Ed. Scientia, Barcelona, 1958, t. I, p. 51.

13. Conf. A. ERNOUT+ A. MEILLET, *Dictionnaire Etymologique de la Langue Latin*, Librairie C. Klincksieck, París, 1951, p. 885.

14. *De esto y aquello*. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1954, t. IV, p. 549-550 «Etymologically and historically —escriben en este mismo sentido Kluckhohn y Murray— the personality is charater that is manifested in public» (El subrayado es nuestro).

Persona, es un término de pura raigambre filosófica, racional, especulativa. Es un concepto metafísico, en el más amplio y general sentido, porque indica una realidad honda, profunda, «una entidad —nos dice Marphy— no *empírica* distinta tanto del organismo como de sus respuestas perceptivas a las formas y símbolos que se denominan yo-mismo»¹⁵. (El subrayado es nuestro). De todos es conocida la clásica definición de Boecio: «*Naturae rationalis individua substantia*».

Personalidad, en cambio, pertenece al vocabulario de las ciencias positivas. Es un término positivo, experimental¹⁶.

Son, pues, dos conceptos *distintos*, lo que no quiere decir que sean ajenos e *independientes*. En la personalidad encontramos resonancias filosóficas y ultrafilosóficas, digamos, teológicas, y en la persona exigencias y aspectos positivos¹⁷.

Menos deslindados y precisos se encuentran, si cabe, los límites entre «*personalidad*», «*carácter*» y «*temperamento*». Una buena prueba de este conceptual confucionismo la encuentra E. Fronn en «el hecho de que Kretschmer, aunque generalmente consciente en el empleo del concepto temperamento, tituló su obra *Cuerpo y carácter* en vez de *Temperamento y cuerpo*. Sheldon, cuyo libro lleva por título *Las variedades del temperamento*, se confunde, no obstante, en la aplicación clínica de su concepto de temperamento. Sus «temperamentos» contienen rasgos puros de temperamento

15. o. c., p. 515: «Ni lo físico, ni lo biológico, ni tampoco lo psíquico —escribe Julián Marías— agotan al hombre más bien éste empieza cuando se ha profundizado por debajo de todo eso. Entonces se encuentra la *persona* que es quien da sentido a la vida biológica o psíquica y las hace posibles. «O. c. «Revista de Occidente», Madrid, 1960, T. V., p. 56-57.

16. The personality —escriben Kluckhohn y Murray— *is something that must be inferred from the facts* (El subrayado es nuestro). O. c., p. 6.

En parecidos términos se expresa el P. Gemelli: «La personalidad es una *noción empírica* en la cual biólogos y psicólogos ponen de relieve el aspecto fundamental de la vida humana».

Citado por R. ZAVALLONI, *Educación y personalidad*, Ed. Fax, Madrid, 1958, p. 24.

J. B. Lotz establece esta distinción entre persona y personalidad. *Persona* significa lo individual en el orden espiritual. Es por tanto un ser individual configurado por una naturaleza espiritual su singularidad absoluta. *Personalidad* es, por el contrario, la persona y desarrollada éticamente. Persona y personalidad se hallan en la misma relación que imagen óptica y reacción ética».

Citado por H. BERGMANN, *Hacia la personalidad*. Sígueme, Salamanca, 1969, p. 98.

Advirtamos de paso que nada tiene que ver con esta acepción filosófico-teológica, la noción que de persona nos da la psicología analítica de Jung. Para el eminente psicoterapeuta suizo «persona» es la personalidad *superficial*, la careta, el disfraz, o lo que es lo mismo, *lo inauténtico, lo superficial* de la individualidad; Personalidad, en cambio, es la expresión pura y genuina de lo que *de veras somos*, representa la individualidad *configurada y madura*, o como diría W. James el «*real me*».

17. El mismo Ch. Blondel, después de confesar su propósito de estudiar la personalidad como *puro psicólogo*, añade tímidamente: «D'abord il n'est pas sûr que la chose soit possible». Y un poco antes nos había citado una frase muy significativa al respecto de W. James, en la que el padre de la «new psychology» americana, aseguraba que «des Galitee et les Levoisier de la Psychologie seront, en verité, de bien «metaphysiciens», la nature du problème psychologique le veut». *La personnalité*, P. U. F., Paris, 1948, p. 97 (Los subrayados son nuestros).

mezclados con rasgos de carácter, tal como aparecen en personas de cierto temperamento»¹⁸.

Sin poder entrar en detalles nos limitaremos a señalar aquí los contornos y perfiles generales de estos conceptos en vista a una definición más adecuada y justa de la personalidad.

Noción general de carácter

La etimología de la palabra «carácter» no presenta especiales dificultades. Deriva del sustantivo griego *καρακτήρ* = sello, marca, divisa que singulariza, diferencia «caracteriza» a uno respecto a los otros.

Mucho más complejo es su concepto real. «La noción central de «carácter», advierte a este respecto René Zazzo, se emplea con una desconcertante multiplicidad de significados, lo que sugiere, dice, que todavía pertenece más al dominio de la metafísica que al de la ciencia»¹⁹.

Toda esta multiplicidad de significados podemos reducirla, desde un punto de vista heurístico, a estos dos: a) un significado que G. Lorenzini llama «*ético-pedagógico*»²⁰, que nosotros denominamos simplemente «*empírico*» o «*vulgar*», y

a) otro estrictamente *psicológico o científico*. En su acepción vulgar, el pueblo, cuando habla de un hombre de carácter, entiende aquel hombre cuya vida está en armonía con sus palabras y sus palabras con sus creencias o convicciones. Admira en él aquella íntima coherencia de la «*mens cum lingua, sermo vero cum opere*» que encarecían tanto los grandes humanistas. El hombre de carácter es, en fin, el hombre que decimos «*de una pieza*». Su conducta se podía gráfica y simbólicamente representar por una línea recta (—————).

Frente al hombre de carácter están aquellos que Th. Ribot denominó «*amorfos*» e «*inestables*». Ambos convienen en que o no saben lo que quieren, o si saben lo que quieren no son capaces de querer lo que pueden. Su conducta falta de estabilidad y dirección se podría representar por un interrogante (?) Actúan de una misma forma bajo distintas circunstancias, y en casos iguales se manifiestan de distinto modo.

Tomado en este sentido, el carácter expresa la «*exigencia ética*» de la personalidad e implica un juicio de valor. En este sentido, está claro no

18. O. c., p. 62.

Otro eminente psicólogo de nuestros días, René Zazzo, advierte también al respecto que «la mayoría de los psicólogos... no establece ninguna distinción adecuada entre los términos «carácter», «personalidad» y «afectividad».

19. O. c., p. 99.

20. *Caracteriología y Tipología*, Ed. Marfíl, Alcoy, 1955, p. 20.

todos los hombres tienen carácter, no todos los hombres son «hombres de carácter». De creer a C. G. Jung y a Th. Ribot los *amoroso inestables* comprenderían —«la plus part»— la inmensa mayoría de los hombres.

Ciertamente, el término carácter tiene un sentido más amplio y general. En esta acepción ha perdido ya su «connotación ética», no implica un juicio de valor. Desde el punto de vista científico y psicológico podemos decir que cada individuo posee «su propio y peculiar carácter»²¹. Pero a la hora de pasar a dar una definición conceptual precisa los psicólogos no acaban de ponerse de acuerdo; cada cual lo define —es lógico—, en función de sus generales premisas psicológicas, así por ejemplo, para los behavioristas y para todos los partidarios del llamado «*objetivismo*» psicológico, acostumbrados a ver y considerar la conducta del hombre de *frente, desde fuera, desde la situación* —recordemos el esquema general de su psicología *E.R.*—, el carácter viene definido de una manera y otra como el *modelo típico de conducta de un individuo; la manera típica que tiene de conducirse, y conducirse ya sabemos que para ellos es responder a los estímulos*²².

Para los psicoanalistas, en cambio, habituados a considerar «*en profondeur*» y por *detrás* el universo interno del hombre²³, el carácter ya no es algo tan sencillo ni tan claro, como pensaban los «objetivistas», sino más profundo y complejo. No es, desde luego, = a «*modelo de conducta característica de un individuo dado*», sino algo que está debajo y a la espalda de esa conducta, condicionándola y determinándola. Freud nos lo define como «*un sistema de impulsos subyacentes a la conducta, pero no idénticos a ella*». En esta concepción la conducta de un individuo dado; es decir, su peculiar manera de pensar y de sentir, de hablar y de operar está y viene determinada por la especificidad de su estructura caracterológica, por ese peculiar «sistema de impulsos» o fuerzas que orientan en una determinada dirección la corriente de la vida psicológica que es todo eso. Pero si la conducta emana de la peculiar estructura caracterológica, ¿ésta —se pregunta Freud— de dónde surge, cuál y dónde está su fuente? Fiel a sí mismo, Freud responde que esas fuerzas motrices y propulsoras de la conducta tienen su origen en la «libido». Son «*sublimaciones*» o *compensaciones* de la «libido».

21. Después de esto, la verdad, no comprendemos como G. Lorenzini puede decir que «en general, sin embargo, el significado psicológico considera un aspecto *más restringido* y prescinde de las cualidades morales..., así viene a tener un significado *mucho más comprensivo*» (El subrayado es nuestro). *O. c.*, p. 22.

22. Un poco desde esta perspectiva psicológica Wallon nos define el carácter como «*la manière habituelle et constante de réagir propre a chaque individu*», H. PIERON, *Vocabulaire de la Psychologie*, P. U. F., Paris, 1956.

Una concepción similar sostienen entre otros Smirnov, Leontiev, y otros, *Psicología*, Ed. Paidós, Bs. As. 1961, 9, 68.

ALLPORT, *Psicología de la personalidad*, Ed. Paidós, Bs. As. 1963, p. 464.

23. «Yo me he parado —escribía Freud a L. Binswanger— en el *subterráneo* y en el «*perterre*» del edificio y no he salido de allí». «Los psicoanalistas me hacen el efecto de ser los *buhos* de la psicología, solía decir Claparede.

La moderna concepción psicoanalítica de K. Horney, Else Frenkel, E. Fromm, etc., aceptan del viejo psicoanálisis freudiano: a) que el carácter no es la conducta, sino un sistema de fuerzas «subyacentes» a la conducta», aunque algunos consideren que «en general», la diferencia entre la conducta manifiesta y la dinámica subyacente era vista en el psicoanálisis de una manera demasiado radical» (Else Frenkel-Brunswik).

b) Que un mismo sistema de fuerzas o motivos pueden dar lugar a muy diferentes manifestaciones sociales.

c) Que estas fuerzas operan generalmente en la clandestinidad; es decir, sin que el sujeto se apercate.

«No es necesario que las fuerzas motrices sean conocidas como tales por la persona cuyo carácter se encuentra dominado por ellos» Pero la diferencia fundamental entre Freud y los «neoanalistas», E. Fromm, por ejemplo, está en que éste ya no considera como base fundamental del carácter a los varios tipos de organización de la libido, sino a los modos específicos de *relación de la persona con el mundo exterior* ²⁴ (El subrayado es nuestro).

Esta nueva dirección social del psicoanálisis ha reprochado a Freud el haberse detenido en una pura consideración aislada de la personalidad, desatendiendo lo que constituye precisamente su rasgo más característico y esencial: su aspecto relacional. «Estoy de acuerdo con este autor (Skinner) en cuanto a considerar —escribe Else Frenkel - Brunswik— que toda visión interna del organismo en busca de una explicación de la conducta» puede llevar fácilmente al olvido de algunos factores ambientales, y *reconozco prestamente que así ha ocurrido en el psicoanálisis*. Pero en esta omisión es para ellos, así como para los más grandes psicólogos de nuestra hora, algo científicamente grave. El hombre no solamente no es un ser aislado, sino que su «apertura», su *relación*, su «*perspectiva*» sobre un mundo o situación vital es un constitutivo esencial de la personalidad y en este sentido, *la estructura fundamental de la personalidad* viene definida como «unidad yo-mundo».

«Nada podría mutilar de modo más profundo el concepto de personalidad que la negligencia de este aspecto de apertura al mundo que ella posee» ²⁵ (El subrayado es nuestro).

24. *Ética y psicoanálisis*, «Ed. Fondo de Cultura Econ.», México, 1966, p. 67.

Conf. KAREN HORNEY, *El nuevo psicoanálisis*, «Ed. Fondo de Cultura», México, 1960, pp. 124-137.

25. JOSEPH NUTTIN, *Dinámica de la personalidad*, en *Teorías de la personalidad*, «Ed. Eudeba», Bs. As., 1968, pp. 177-178.

También para los llamados «situacionistas» pretender definir la personalidad en sí misma, independientemente de la situación a que se halla referida «*es realmente una quimera*» para Lewin, así como para los partidarios de la llamada teoría del «campo» personalidad y situación son dos fuerzas de un mismo campo que mutuamente se influyen.

Pues bien, para E. Fromm el hombre tiene necesidad de relacionarse con su mundo, y puede hacerlo de infinitas maneras, pero *el modo específico* con que entra en contacto y se comunica con el mundo de los objetos, de las personas y valores, etc., «constituye la médula del carácter», que nos lo define entonces como «*la forma (relativamente permanente) en la que la energía psíquica humana es canalizada en los procesos de asimilación y socialización*»²⁶ (El subrayado es del original).

Cree Fromm que el carácter desempeña una función biológica importante, tan importante que en su opinión viene a ser «el sustituto humano del aparato instintivo del animal», que permite a la persona actuar con relativa consistencia sin tener que tomar en cada situación una decisión *nueva y deliberada*. Y en cuanto al origen del carácter de una persona viene —dice— genéticamente determinado por el impacto «de las experiencias vitales —las del individuo y aquellas que derivan de la cultura— sobre el temperamento y la constitución física». Muy otra es la idea que del carácter nos da el conocido caracterólogo francés René Le Senne. Viene a constituir para él «*la infraestructura invariable*» de la personalidad, y es definido como «*todas aquellas disposiciones congénitas que constituyen el marco mental del hombre*».

El carácter es el cuerpo mismo en su más alta unidad y en su determinismo más riguroso, el resultado de la acción mendeliana de factores hereditarios. Es lo más sólidamente fijado en su impenetrable objetividad. Pero este concepto del carácter viene a coincidir con lo que los psicólogos llaman hoy «*temperamento*». Zazzo, después de advertir que esta doctrina es «*diferente*» de las doctrinas generalmente aceptadas» y que la caracterología de Le Senne ha traído una cantidad creciente de adeptos, debido en parte a la claridad de sus definiciones y a la simplicidad de sus procedimientos combinatorios», añade que «sin embargo, *la mayoría de los psicólogos profesionales no la consideran seriamente*»²⁷. Finalmente, otra de las estructuras con la que la personalidad guarda una íntima relación, cuando no se identifica y confunde, es el «temperamento». Etimológicamente viene del

S = a situación, la totalidad del entorno;

O = representa el organismo, y la elipse la mutua interacción Conf. Murphy. O., c., pp. 906, 913-914.

26. o. c., p. 68.

Lee J. Cronbach, siguiendo esta misma línea de Eric Fromm, de quien dice que «integrated modern finding from anthropology with Freud's original view», nos define, por su cuenta el carácter como «*the way the individual makes choices which affect the welfare of the others*» («Educational Psychology», Staples Press Limited, London, 1958, p. 577.

J. Nuttin tiene ya una concepción distinta. Para el psicólogo belga la personalidad abarca y comprende no sólo la «*apertura al mundo*» sino la *misma modalidad* de apertura y relación con el mundo.

27. RENÉ ZAZZO, *Conceptos franceses actuales de caracterología y el estudio del carácter*, en *Teorías en la personalidad*, Eudeba, Bs., As., 1968, p. 99 (Los subrayados son nuestros).

verbo latino «temperare» = a combinar, mezclar. Como es sabido, Hipócrates de Cos (460 a C) y Galeno (131-201), fueron los primeros que establecieron en el campo antropológico la distinción de los cuatro clásicos temperamentos: *colérico*, *sanguíneo*, *flemático* y *melancólico*. Los temperamentos son *modos particulares de reacción*; así, mientras los dos primeros se caracterizan por una *pronta y superficial* excitabilidad, los segundos, en cambio, por una excitabilidad *lenta y profunda*. Estos cuatro temperamentos o modos de reacción resultan o dependen de la distinta «mezcla» o «combinación» de los cuatro humores: la *sangre*, la *bilis amarilla*, la *bilis negra* y la *flema*. Este viejo esquema mental es admitido y defendido por los grandes caracterólogos y tipólogos de nuestros días, como Kretschmer, Jaensch, Pfahler, Sheldon, Pende, etc. El temperamento es un modo de reacción en dependencia estrecha con estructuras somáticas estables: composición de la sangre, sistema neurovegetativo, sistema endocrino, etc. H. Pieron propone en su *Vocabulaire de la Psychologie*, esta definición del temperamento «*ensemble de particularités physiologiques et morphologiques que différencient les individus entre eux et agissent sur le caractère*»²⁸ Rosenzweig²⁹, y el propio Kretschmer puntualizan más el relacionar el temperamento con aquellas estructuras anatomo-fisiológicas que condicionan de una manera particular y especial la capa de la afectividad. «Llamamos temperamento, dice Kretschmer, al conjunto de cualidades afectivas que caracterizan una individualidad... pero desde muy antiguo se hace entrar en este concepto además de la afectividad, sus fundamentos nerviosos y humorales»³⁰.

Si comparamos entre sí ambas estructuras psicológicas, tenemos

<i>Temperamento</i>	<i>Carácter</i>
= a <i>individualidad psicofisiológica</i>	= a individualidad psicológica
a elemento material, « <i>materia prima</i> » (Allport) del carácter	= a <i>elemento formal</i> del temperamento.
= <i>línea de la constitución</i>	= <i>línea de la conducta</i>

En fin, no somos responsables de nuestro temperamento, sí, al menos en parte, de nuestro carácter.

28. *Confunto de particularidades fisiológica y morfológicas que diferencian a los individuos entre si obran sobre el carácter.*

29. *L'observation et l'étude de la personnalité*, en *Methodes de La Psychologie*, P. U. F., París, 1952, t. II, pp. 662-663 «...le tempérament se rapporte plutôt acertaines structures stables de la vie affective ou émotionnelle de l'individu, structures qui déterminent par exemple une attitude mélancolique ou éphorique, une façon de pendre les choses avec irritation ou sérénité».

30. *Psicología Médica*, Ed. Labor, Barcelona, 1954, p. 191. También para López Ibor el temperamento «viene a representar la capa *instintivo-afectiva* sobre la cual la inteligencia y la voluntad moderan el carácter».

Expuestos estos conceptos, pasamos a preguntarnos: ¿y qué es personalidad?

Noción general de la personalidad

El término «*personalidad*» se suele emplear en estos dos sentidos: a) uno *amplio* o *general*, y otro *restringido* o *particular*.

En su sentido amplio o general E. Fromm entiende por personalidad «*la totalidad de las cualidades psíquicas heredadas y adquiridas que son características de un individuo y hacen al individuo único*»³¹.

En este sentido —que es el que vamos a utilizar aquí—, es obvio, el concepto de personalidad es más extenso y universal que el de carácter y temperamento. La personalidad los comprende, rebasa y trasciende, y esta es la doctrina comunmente admitida por la mayoría de los psicólogos³².

Sin embargo, como muy bien hace notar Paul Fraisse, estos «diferentes conceptos no son independientes y sus interrelaciones están mal definidas». En su sentido más particular y restringido; la *personalidad* se aplica tan sólo a individuos que poseen una cualidad o una constelación de cualidades que les singulariza y distingue en grado muy eminente y sobresaliente. Si en el primer sentido la personalidad no implica juicio de valor; en el segundo, en cambio, sí. En el primer sentido cada individuo tiene su propia personalidad; en el segundo sólo «esos legendarios héroes de la humanidad, los admirados, queridos, adorados los verdaderos hijos de los dioses, cuyos nombres no caerán en el olvido».

Jung, de quien son las palabras citadas, nos ha dejado una aguda y viva descripción de la personalidad tomada en esta segunda acepción restringida³³.

31. o. c., p. 60.

32. Oigamos el testimonio de algunos psicólogos: PAUL GUILLAUME: *El carácter se distingue de la personalidad* de la misma manera que el análisis de los rasgos se distingue de la consideración de la totalidad.

SAUL RESENZWEIG, después de definir lo que él entiende por «temperamento», añade «*On voit donc que la notion de tempérament est moins large que celle de personnalité*».

HANS THOMAE: «Existirán desacuerdos acerca de lo que se quiere significar con carácter y con personalidad y el sistema de valores. Además de este núcleo del carácter la personalidad incluye otras muchas disposiciones, especialmente capacidades y funciones psicofísicas».

WORNER WOLF: «El carácter es un concepto más absoluto, vinculado con la herencia y con los determinantes biológicos de la conducta, mientras la personalidad es un concepto más relativo, vinculado con las influencias ambientales. Ambos conceptos se basan en vinculaciones diversas del *hombre*».

Por los testimonios aducidos se ve claramente que, al menos, todos admiten una distinción entre ellos, aunque no convengan en su definición.

33. *Realidad del alma*. Ed. Losada, Bs. A., 1957, p. 147.

Conf. Maslow, *Motivación y personalidad*, E. Sagitario, Barcelona, 1954, pp. 207 ss.

Nosotros vamos a ocuparnos, en cambio, de la personalidad entendida en su primer sentido amplio o general.

Desde los tiempos de W. James, los psicólogos suelen distinguir entre un «*Ego empirico*» o «*Mi*» y un «*Ego puro*». Al primero se le suele denominar también yo *objetivo* o *material* y al segundo yo *subjetivo* o *formal*.

Ortega y Gasset llama la atención sobre la utilidad, y hasta la necesidad de admitir esta distinción: «El psicólogo —dice— tiene, a mi juicio, que distinguir entre el «yo» y el «mi». El dolor de muelas me duele a mí, y, por lo mismo, él no es yo. Si fuéramos dolor de muelas, no nos dolería, doleríamos, más bien, a otro, e ir a casa del dentista equivaldría a un suicidio, pues como dice Hebbel, «cuando alguien es pura herida, curarlo es matarlo»³⁴.

En nuestra lengua castellana no tenemos, en verdad, términos acuñados y precisos para expresar esta distinción, como los tienen por ejemplo, la francesa o la inglesa. Cualquier francés advierte que el «Je» expresa algo muy distinto al «Moi», así como cualquier inglés sabe distinguir entre «*The I*» and «*The Me*».

Estructura del «Mi» o «Ego empirico»

El «Mi» comprende, desde luego, el universo interno del hombre. Todo lo que un individuo encierra de puertas a dentro de su intimidad. Todo aquello que escapa al no-yo³⁵. Pero querer fijar las fronteras del «Mi» a la superficie del cuerpo, «*il est tout á fait théorique*» (Ch. Blondel). El «ego» ve con ojos *muy distintos* las cosas y personas que llama «*mias*» a como ve las cosas y personas que nada tienen que ver con él. Las envuelve con una especie de halo afectivo y se prolonga en ellas, se reconoce a sí mismo en ella; por eso, habla las cuida y atiende como habla y cuida y atiende a sí mismo. Cualquier conquista operada en el campo material o espiritual va siempre a compañada de una alegría y complacencia inefables. Es la complacencia y alegría de un «yo» que ve y contempla como se prolonga y expande su mismidad. Por el contrario, la pérdida de alguna de esas cosas o personas que llamo «*mias*» va indefectiblemente acompañada y seguida de una sensación de amputación del nosotros mismos. Por eso, cuando Don Miguel de Unamuno se enteró de la muerte de su amigo M. Sagarduy,

34. *El espectador*, «Rev. de Occidente», Madrid, 1927, R. T. V., p. 139.

35. A esta personalidad empírica se refieren Kluchhohn y Murray cuando escriben: «The term «personality» has been reserbed for the hypothetical esturcture of the mind the consistent establishments and processes of which are manifested over and over again... in the internal and external proceedings which constitute a person's life» (El subrayado es nuestro). *O. c.*, p. 30.

exclamó: «*Heme muerto otro pedazo*», y a raíz de la muerte de su esposa Concha se pregunta:

*Fue ella? fui yo quien se murió?
fue ella? fui yo quién mori?
pues yo no sé quien era yo
ni quien era ella ¡pobre de mi!*

El «yo tengo», lo «mio» es tan importante en la configuración y estructura de la personalidad objetiva que llegan a menudo a identificarse y confundirse. El célebre etnólogo P. G. Schmidt nos cuenta que ciertas tribus primitivas «ponían toda la propiedad del muerto en la tumba o sobre la pira, donde se rompían, quemaban o de alguna manera destruían los objetos, animales, esclavos y aun las propias mujeres». También nosotros tendemos espontáneamente a confundirlos. «*Tanto tienes, tanto vales*», dice el pueblo; y desde luego, no somos capaces de concebir el prestigio, la reputación o la fama de una persona que *no tenga nada*, que *no haya hecho nada*. La gloria y la inmortalidad van unidos no al «yo soy» sino al «tengo», es decir a lo que tenemos, decimos o hacemos. La gloria y la inmortalidad de Cervantes va unida al Quijote. Aquí tiene su origen o principio el *erostratismo*, esa forma de perversión que impulsa a ciertos sujetos a hacer algo grande para hacerse famosos ³⁶.

Querer entonces establecer «una barrera escueta —dice a este respecto Murphy— entre el yo y el no yo es una bonita faena metafísica» ³⁷.

Pero entre las cosas que llamo «mias», que me pertenecen mi cuerpo, como observa Ch. Blondel, ocupa un lugar aparte. Está tan estrechamente ligado a nosotros, que no nos imaginamos siquiera qué podríamos ser sin nuestro cuerpo. Indistintamente decimos: «No me toques», o «no toques mi mano». Nuestro cuerpo es nuestro «yo» ³⁸.

36. ¿Sabes lo que es el erostratismo, Apolodoro? —se pregunta Unamuno por boca de su don Fulgencio.

—No, ni me importa, nos importa.

—Si te importa, nos importa mucho saberlo...

—¿Y qué es eso?

—¡Ves como te importa! ¿Sabes quién fue Eróstrato? Fue uno que quemó el templo de Efeso para hacer imperecedero su nombre...

37. *Amor y Pedagogía*, Espasa Calpe, Madrid, 1956, p. 108.

«Inicié esta campaña —confesaba a la Policía un joven *pirómano* para que supieran dentro y fuera de España que hay un hombre capaz de movilizar a toda la Policía.

38. *O. p.*, 17. Y muchos años antes había escrito W. James: «Es evidente que entre ki qe ub hombre llama yo t lo que simplemente llama *mio* es difícil trazar una línea divisoria... en su más amplio sentido... el yo de un hombre es la suma total de todo lo que puede llamar suyo: sus vestidos y su casa, su esposa y sus hijos, sus antepasados y amigos, su reputación y sus obras, su terruño y sus caballos, y yate y su cuenta bancaria». E. Fromm *O. c.*, p. 138-139.

Se necesita ser un Sócrates, para distinguirlos, como él lo hace: «Apenas me haya muerto me iré a fin de que el pobre Critón soporte más dulcemente mi muerte y que al ver enterrar o quemar mi cuerpo no se desespere como si yo sufriera grandes dolores y no diga en mis funerales que expone a Sócrates, que se lleva a Sócrates y que entierra a Sócrates, porque es preciso que sepas, mi querido Critón que hablar impropriadamente no es sólo cometer una falta en lo que se dice, sino hacer daño a las almas. Hay que tener más valor y decir que sólo es mi cuerpo lo que entierras y entérralo como te plazca y de la manera que juzgues más conforme con las leyes»³⁹.

No es este el lenguaje ordinario. El hombre común se expresaría de otro modo: «Cuando muera quiero que me enterréis en éste o en aquel lugar».

Pero no todas las partes del cuerpo son igualmente «mías». Horowitz redactó una pregunta sobre la localización del yo, para hacerla a un grupo de estudiantes. La pregunta decía así: «Si hubiera de localizarse usted mismo en un punto interior o exterior respecto de su propio cuerpo, un punto que «sea usted» ¿dónde se localizaría, en qué punto o en qué área?».

He aquí, la tabla de frecuencias de la distribución de la localización del yo⁴⁰.

Cabeza	9
Cerebro	6
Ojos	6
Gafas	1
Cara	4
Perfil.	1
Frente	1
Nariz	1
Boca	1
Diente	1
Pelo de la cabeza	1
Garganta	1
Corazón	6
Pecho	3
Manos	4
Genitales	3

Jerarquizamos espontáneamente las distintas partes de nuestro cuerpo, siguiendo un criterio de utilidad vital. Es claro, que nos es menos necesario para vivir el pelo que la cabeza, ~~el corazón que la nariz, etc.~~

la nariz que el corazón, etc.

39. Fedón, Espasa-Calpe, Madrid, 1958, p. 80.

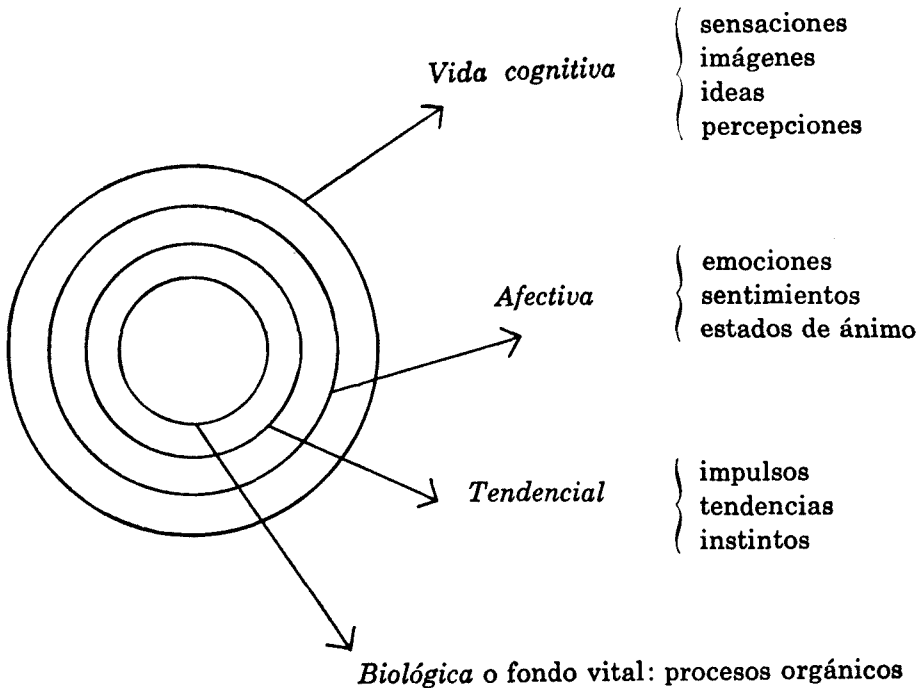
40. MURPHY, *Personalidad*, Bibl. de Estudios Políticos, Madrid, 1956, p. 534.

Estratificación de la vida psíquica

El «yo tengo», lo *mío* constituye pues, una dimensión formal de nuestra personalidad empírica. Pero anterior al «tengo», está el «soy»; es decir, el mundo interno de nuestras tendencias e impulsos, de nuestras emociones y sentimientos, de nuestras percepciones e ideas, de nuestros deseos e intereses, en una palabra, ese universo que cada cual lleva dentro. «Más profundamente nuestros que lo mío —escribe Ch. Blondel— más indiscutiblemente nuestros que nuestro cuerpo son los estados psíquicos concretos en los que a cada instante se realiza nuestra vida consciente» ⁴¹.

Y esta riqueza y complejidad de la vida psíquica no se presenta de cualquier modo, como un todo caótico, sino como un «cosmos», como un todo organizado, jerarquizado, «estratificado» ⁴² al igual que están los estratos geológicos, «las formaciones corticales sucesivas de un tronco de árbol», o las tejas bien puestas de un tejado. Los estratos, formaciones o capas se apoyan unas en otras.

Gráficamente podíamos representarlo por este diagrama:



41. O. c., p. 113.

42. Conf. LERSCH, *Los niveles de la vida psíquica*. R. GILBERT, *Sobre estratificación de la personalidad*, en «Teorías de la personalidad», Eudeba, Bs. As., 1968, pp. 201-207.

Pero estas *capas, formaciones* o «*estratos*» no son independientes y cerrados, sino que están condicionados estrechamente unos por otros y abiertos los unos a los otros. «El uso de un simil espacial —se apresura a decir Lersch— es perfectamente legítimo en tanto se tenga presente que esta imagen no es otra cosa que una ayuda para el endentimiento, y que tiene sus limitaciones. En realidad, los procesos mentales están todos interconectados y entremezclados. Toda percepción está integrada con una idea y una emoción y toda emoción por un motivo. De este modo, los estratos mentales a los que se refiere la psicología actual no están aislados el uno del otro, como los niveles geológicos, si no que están interpretándose constantemente ⁴³.

Otros psicólogos, poco partidarios de la estratificación de la personalidad objetiva ⁴⁴, prefieren continuar hablando con W. James de distintas *personalidades empíricas*. W. James ve en su «Ego empírico», más que un todo internamente organizado, un sistema de relaciones existenciales, de «*franjitas*» diría él. Este yo vive las distintas modalidades de nuestro existir, recibiendo en cada una de ellas un aspecto especial y particular, digamos, una personalidad; y así habla de un «yo» *físico* que hace coincidir con nuestro cuerpo, tal y como es conocido por fuera y por dentro, a través de las sensaciones orgánicas y kinestésicas; de un «yo» *psicológico*, de un «yo» *moral de un «yo» religioso* y de un «yo» *social*. De todos estos «yos», el *psicológico* es el más genuinamente nuestro, la expresión de lo que de verdad somos ⁴⁵, pero el más superficial y el más poderosamente influyente y condicionante es el «*social*», que viene a coincidir con el personaje, el «*rôle*», ocupación, profesión u oficio que representamos o deseamos representar a los ojos de los que nos conocen. Somos y tendemos espontáneamente a comportarnos como pensamos que los «*otros*» esperan y desean que seamos y nos comportemos ⁴⁶. Como advierte Baudin más que de un «yo» *social*

43. *Los niveles de la vida psicológica*. O. c., p. 202.

«No se puede hablar, escribe a este respecto Hermann Bergmann, de la individualidad del cuerpo, de la del alma, y de la del espíritu y luego de las de cada factor de dichos estratos, que sólo existe como tal una única individualidad humana. Sus miembros no son independientes; todo su sentido, significado y justificación existencial les viene de la totalidad que integran, y su misma individualidad no es sino emanación de esa individualidad global del organismo». *Hacia la personalidad*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, p. 63.

44. *Conf.*: Una crítica dura y despiadada contra la estratificación la ha hecho H. J. EYSENCK, *Caracterología, teoría de la estratificación y psicoanálisis: evaluación*, en O. c., pp. 305 y ss.

Una valoración más ecuánime y objetiva es la que hace G. W. Allport, *Teorías de la personalidad en Europa y Estados Unidos*, O. c., pp. 16 y ss.

45. Vendría a coincidir con lo que F. Kunkel ha llamado «*el sí mismo*», Murphy «*la mismidad*», W. James el «*real me*» y Jung «*la individualidad desarrollada*» o simplemente el «yo».

46. A este yo superficial, como ya sabemos, Jung le llama «*persona*» y Fritz Kunkel el «*ego*».

Conf.: KUNKEL, *Formación del carácter*, Ed. Paidós, Bs. As., 1964, p. 13.

habría que hablar entonces de «yos» *sociales*. Tenemos tantos «yos» cuantos son los grupos, entidades o estructuras que integramos, y cuya opinión nos interesa e importa; así todo hombre pertenece al mismo tiempo a una familia, a un municipio, a un club de amigos, etc. y cada una de estas «situaciones» tiene sus propias exigencias y determina sus propias actitudes. El comerciante — advierte W. James — no aparece el mismo ante sus parroquianos que ante sus dependientes»⁴⁷. Entre estos distintos «yos» sociales el que más nos condiciona es aquel de quien llevamos el uniforme. El traje de un grupo o de una región refuerza la conciencia del grupo o de la región. Si el *hábito* no hace al monje llega a hacerle creer que lo es.

Entre todas estas personalidades «empíricas» hay entablada una lucha sorda o abiertamente declarada. Todas quisieran no sólo sobrevivir sino sobresalir, pero no es posible. «Nos gustaría ser al mismo tiempo — observa de nuevo W. James — hermosos y fuertes, atletas y millonarios, tenorios y filósofos; filántropos, estadistas, guerreros y exploradores americanos, así como poetas y santos. Pero esto no es posible. La labor del millonario es incompatible con la del santo... el filósofo y el conquistador de corazones no pueden tener la casa arreglada del mismo modo»⁴⁸. Hay, pues, que elegir, no nos queda ni otra salida ni otra alternativa. Y elegir es «preferir», es jerarquizar, es subordinar, en este caso, las personalidades menos importantes a la «principal» y «pre-ferida». Esta elección debe siempre hacerse de acuerdo con una escala de valores y con los deseos y exigencias íntimas y personales. La personalidad o «yo» objetivo elegido ha de constituir entonces la expresión más alta y genuina del nosotros mismos y no de las conveniencias sociales. En este sentido podríamos decir con Ortega que «*nuestro yo es nuestra vocación*».

Pero la personalidad, como ya advertimos al principio, no es solamente *multiplicidad y materia*, sino sobre todo *unidad y forma*, y la consideración de este segundo aspecto nos lleva, como de la mano, a plantearnos el más grave y trascendental problema de una ciencia que, como la Psicología, tiene una formal y expresa vocación humana.

47. *Compendio de Psicología*, Ed. Emecé, Bs. As., 1963, p. 175; *Conf.*: KAREN HORNEY, o. c., p. 68.

48. o. c., p. 177.

El «Ego» puro o «Yo» subjetivo

Para Gardner Murphy constituye «un problema asaz complejo»⁴⁹. Charles Blondel lo considera como «*la quaestio vexata* de la Psicología»⁵⁰; y William James, cotejando su estudio con el del «ego» empírico, reconoce sin ambages que aquel es «*mucho más difícil*»⁵¹.

Generalmente por «yo» subjetivo, «yo» puro, o simplemente *yo* se entiende el *centro de la conciencia de sí mismo* o *autoconsciencia*. Comparándolo con el «mi», es el sujeto cognoscente, el poseedor; el «mi», en cambio, es el objeto, lo conocido, lo poseído, aquello de lo que la conciencia es consciente.

Esta conciencia de sí mismo no es continua, aunque de modo general esté presente como «*sentimiento vivo e interno*» (Descartes). Está presente de un modo formal y explícito en la reflexión; es decir, en aquellos momentos en que uno se vuelve hacia sí mismo y piensa expresamente en sí mismo, como cuando don Miguel de Unamuno se interroga: «¿Qué soy yo? Un hombre que tiene conciencia de que vive, que se manda vivir y que no se deja vivir...»⁵². En estos momentos el «yo» no se ve a sí mismo como principio de *unidad, de identidad y actividad*.

La *unidad* expresada por el «yo» implica el «sentimiento vivo e interno» de constituir bajo la multiplicidad y heterogeneidad de los estados fugitivos de la vida psicológica un ser o sujeto *único y original*; es decir, dis-

49. «*En verité le problème du «je» est la «quaestio vexata» de la Psychologie*».

En realidad este problema del «¿qué soy yo?» rebasa y trasciende la pura Psicología. Es en el fondo el problema de toda ciencia. En toda ciencia late siempre una honda vocación humana; por eso L. Stefanini pudo escribir que «*scopo della scienza... é di rispondere alla domanda: «che siamo noi?»*»

50. o. c., p. 184.

51. *Amor y Pedagogía*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, p. 109.

De este «yo subjetivo» no ha dejado una valiosa descripción Hermann Bergmann: «El yo, dice, es una experiencia vital de todos los que han desemascarado su persona haciéndose cargo de su inconsciente personal e integrado en su conciencia el inconsciente colectivo. Es un cierto crecimiento de todas las fuerzas vitales que se reunirán en una unidad superior...; no se trata tanto de una comprensión lógico-racional como de un hondo conocer y sentir la altura y profundidad, la luz y la sombra de la propia alma.

Todas las fuerzas parciales se centran en este nuevo yo. Sus oposiciones y tensiones recíprocas se irán diluyendo, y como *complexio oppositorum* el yo confiere a cada uno de ellos su ligazón con el todo. Ya no verá su función separada del resto, sino que en el nuevo yo adquirirá su sentido y su papel, porque es centro del todo y para el todo.

Es difícil localizar el yo en el espacio del alma. No radica en el inconsciente el hombre lo sabe. Pero tampoco reposa en la claridad de la conciencia; porque el hombre lo siente, lo palpa antes de tener un concepto claro y racional... (este yo) es el que se encuentra en el centro de los demás. De todos participa y es síntesis de la conciencia y el inconsciente. Todos los ámbitos parciales están referidos a él. Tal vez fuese lo más acertado imaginar este yo como un plano superior que domina el todo de los sectores parciales y los reúne y corona».

52. *Hacia la personalidad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, pp. 246-247.

Conf.: CHRISTIAN BAY, *La estructura de la libertad*, Ed. Tecnos, Madrid, 1961, p. 213.

tinto de todos los demás. La convicción de que los estados y eventos psíquicos vienen a convergir en un punto único, a agruparse en torno a un eje central. «El eje indica siempre —dice Ortega— un término central de referencia: el diente que duele no le duele al diente, ni la cabeza a la cabeza, sino ambos a un tercero, que es mi «yo»...

Esta *unidad* del «yo» no tiene paralelo en el campo de los fenómenos físicos, es de tipo único; por eso, se la expresaría mal comparándosela con la unidad del punto geométrico o con la unidad física del átomo. «El modo más adecuado de expresarla —dice Baudin— consiste en hablar de la unidad de la forma, y de subrayar así la omnipresencia espiritual del «yo», que se encuentra todo entero en cualquier estado psíquico consciente»⁵³.

La identidad del «yo» es la unidad en el tiempo. Nuestros «yos» objetivos cambian, se transforman, devienen perpetuamente; no obstante, estos cambios, yo me siento vivir el mismo. Soy el mismo de hace diez años, aunque mis ideales, mis intereses, mis modos de ver la vida hayan totalmente cambiado. Encontramos aquí la más absoluta y radical oposición entre la *fugacidad* e *itinerancia* del yo objetivo y la *estabilidad* y *permanencia* del yo subjetivo.

La actividad: Este «yo» subjetivo, superior a la multiplicidad e inaccesible a los cambios, se reconoce a sí mismo como «principio dinámico»⁵⁴ como la fuente primordial y la raíz de la vida psíquica. Tiene el «sentimiento vivo e interno» de ser él quien piensa y quien decide y quien ama y quien teme u odia. El es en fin, quien pone en marcha la máquina de la vida. Desde este punto de vista psicológico son exactas y hermosas las palabras de G. Gentile: «Noi siamo la radice da cui tutto germoglia e da moi, come appunto da propria radice, tutto torna ad attinge re il succo vitale che lo mantiene in essere. Noi, dunque, siamo il *principio* del mondo, che él il nostro mondo; noi, non già in quanto anche noi siano o ci facciamo uno tra gli oggetti della conoscenza, bensì proprio in quanto siamo *il soggetto attivo del conoscere*»⁵⁵ (El subrayado es nuestro).

Pero el yo no solo tiene «el sentimiento vivo e interno» de ser él la causa promordial de su vida psicológica, sino, lo que aún es más importante, tiene «el sentimiento vivo e interno» de ser causa libre, consciente y volun-

53. *Corso di Psicologia Sperimentales*, Torino, 1943, p. 855.

54. *Clyde Kluckhohn and Henry Murray O. c.*, p. 13.

55. Citado por P. BRAIDO, *Introduzione alla Pedagogia*, P. A. S., Torino, 1956, p. 81.

«Somos —decía poéticamente Jung— como el sol que alimenta la vida de la tierra, que produce cosas hermosas, raras y malas; somos como la madre que lleva en su regazo dichas y penas ignoradas». *O. c.*, p. 144.

Hedwig Conrad Martius llama al yo: «*corazón de la vida del alma*». «Nada puede decir, querer y hacer el hombre como persona entera que no emane de ésta su mitad, la única en que toda su esencia vive como una».

taria. El sentimiento de la propia libertad y de la responsabilidad de sí mismo encarna la expresión suprema de la personalidad. En la medida, pues, en que la actividad se escapa, se automatiza y se abandona a sí misma, el sentimiento de personalidad se esfuma.

Este análisis fenomenológico que acabamos de hacer de la personalidad nos lleva a preguntarnos: ¿y cuál es la naturaleza de este «Ego puro»?

Teorías explicativas de la personalidad

Sobre la personalidad subjetiva se han dado históricamente dos tipos distintos de teorías: a) unas —las primeras en el orden cronológico—, de índole estrictamente filosófica; b) otras, científico-positivas.

Entre las primeras mencionaremos las teorías *substancialistas* y *fenomenistas*, y entre las segundas, las *biológicas*, *sociológicas* y *psicológicas*.

Las teorías filosóficas, fieles a sí mismas, se interrogan directamente sobre la naturaleza «óptica» de este «yo». Toda su problemática se centra en esto: Ese «*sentimiento vivo e interno*» de constituir bajo la multiplicidad de la vida psicológica un ser real, una *realidad substancial*, responde verdaderamente a una realidad *objetiva* o es pura *ilusión*? El propósito de las segundas es distinto; dando de lado a ese aspecto metafísico, se preocupan por encontrar lo que Dilthey llamaría la «relación de sentido» de esas cualidades, que la propia experiencia nos revela como características del yo; es decir, de la *unidad*, la *identidad* y la *actividad*. Digamos que a nosotros *directamente* tan solo nos interesan las teorías científico-positivas, no obstante, una rápida y volandera exposición de las grandes líneas filosóficas nos ayudará para una más recta valoración y comprensión de las teorías científicas. No dudemos que debajo de las más puras investigaciones e interpretaciones científicas se transconde siempre un esquema filosófico.

Teorías substancialistas

Para los sostenedores de estas teorías el «yo» es una *realidad objetiva*, un sujeto *substancial*. Nuestro «*sentimiento vivo e interno*», de constituir un ser real, objetivo debajo de la multiplicidad cambiante de la vida no es pura ilusión. Y para Descartes, en concreto, esta «*substancia*» *personal* se nos revela *inmediatamente*, *intuitivamente* en la experiencia del pensamiento. «En efecto, el sujeto pensante percíbese a sí mismo en el acto del pensar como una substancia cuya esencia o naturaleza no es sino pensar.

«Yo pienso, luego soy» no es un razonamiento, sino una *intuición* en la que el pensamiento y el ser forman una sola cosa. El ser percibido, insiste

Descartes, no puede ser sino una substancia o un sujeto»⁵⁶. Dentro de esta corriente substancialista, mención especial merece la opinión original de Maine de Biran. Como buen discípulo de Descartes sostiene que el «yo» es una substancia, un sujeto, una realidad objetiva, y como su maestro opina que se nos da y revela *inmediatamente* en una vivencia o experiencia inmediata; pero esta vivencia o experiencia no es ya la del pensamiento, sino la del *esfuerzo*, de ese esfuerzo que tenemos que hacer para vencer y someter al no-yo que se nos resiste. Nos descubrimos a nosotros mismos y nos crecemos en las dificultades. Charles Blondel, después de afirmar que no puede sostenerse como teoría explicativa, confiesa que esta concepción está preñada de consecuencias⁵⁷. Como reacción contra el substancialismo cartesiano surgió el *fenomenismo* de Locke, Hume, James Mill y Stuart Mill, Hipolite Taine, etc.

Para los *fenomenistas* «el sentimiento vivo e interno, de constituir bajo la heterogénea multiplicidad psicológica una personalidad substancial no es más que una ilusión «gramatical». El yo-sujeto es un puro epifonema, *un nombre* tomado por un sustantivo y *una palabra* por una cosa. Para ellos el «yo» no viene a ser más que una constelación de eventos, de fenómenos psíquicos que se suceden ininterrumpidamente, como peatones en fila india. «*The history of the personality is the personality*». Para los fenomenistas el hombre es pues *un puro existir sin existente*. D. Hume confesaba que por más esfuerzos que había hecho para encontrar el yo substancial no lo había conseguido, por tanto se trataba de una pura invención filosófica sin base alguna en la realidad.

El eco que han tenido las teorías filosóficas expuestas en el campo de la Psicología experimental ha sido muy grande. En líneas generales podemos afirmar con G. Allport que la psicología anglonorteamericana depende de una manera y otra de la tradición lockiana, mientras que en la psicología europea predominan, Descartes, Leibniz y Kant⁵⁸. Para nuestro propósito, especial interés revisten, en cambio, las teorías científico-positivas que, de manera esquemática y un poco convencional, hemos reducido a tres especies o categorías.

56. JOLIVET, *Psicología*, Ed. Carlos Lohlé, Bs. As., 1956, p. 548.

57. Una idea muy similar a la de Main de Biran la encontramos en Mac Daugall, quien también sostiene que el conocimiento del «yo» está fundamentalmente en nuestras experiencias de *empeño*, de *esfuerzo*, de *emisión*, de *poder* o *energía* en la persecución de nuestros objetivos. Citado por BRENNAN, *Psicología General*, Ed. Morata, Madrid, 1954, p. 439. Una aplicación inteligente de esta teoría psicología al campo de la Pedagogía la encontramos en la obra de FR. W. FÖRSTER. A título de ejemplo citaremos tan sólo una de sus obras: *La escuela y el carácter*. Ed. Difusión Bs. As., 1941.

58. Así Murphy, eminente representante de la psicología americana, se pregunta a este respecto: ¿Acaso los que estudian la personalidad en la situación presente de la investigación caben postular una realidad no empírica distinta tanto del organismo como de sus respuestas perceptivas a la forma y símbolos que se denominan yo mismo? A esta precisa interrogante parece que deba contestarse con una negativa. *O. c.*, p. 515.

Teorías biofisiológicas

Para una buena mayoría de biólogos, neurofisiólogos, psiquiatras y psicósomáticos los factores biológicos hereditarios y constituciones determinan *enteramente* la configuración y destino de la personalidad. «La opinión —escribe a este respecto Ashley Montagu— que «la herencia» determina la propia «constitución» y que la «constitución» determina nuestro propio destino, ha sido durante largo tiempo el canon del pensamiento médico»⁵⁹. Y ya en el campo estrictamente psicológico, comparten una opinión similar los viejos psicólogos, como T. Ribot⁶⁰, los clásicos asociacionistas ingleses y franceses⁶¹ y, en tiempos más cercanos a los nuestros, reflexólogos, behavioristas y algunos psicoanalíticos más radicales y extremistas. Para ellos «una misma cosa son el organismo que estudia el biólogo y la personalidad que estudia el psicólogo». El problema de la personalidad viene a ser, pues, de una manera y otra, fundamentalmente un problema biológico. La *unidad*, la *identidad* y la *actividad* psicológicas de la personalidad son puro «epifenómeno» de la unidad, identidad y actividad orgánicas del cuerpo.

La Biología, en efecto, enseña que todo cuerpo es *uno* en su misma multiplicidad estructural y funcional, y desde su unidad se diferencia y destaca de todos los demás. El factor responsable de esta unidad orgánica es, para los neurofisiólogos más modernos, el sistema «neurohumoral», que en los seres orgánicos superiores se presenta enormemente diferenciado y centralizado. El grado de centralización nos da la medida del grado de unidad del ser vivo. El eje neurohumoral, que incluye: *la corteza, el sistema reticular* (y centrencefálico) del tronco cerebral, el hipotálamo, la pituitaria y la corteza suprarrenal⁶³, aseguraría, pues, la unidad de propósito y la unidad de acción de todas las piezas de la máquina vital. El cuerpo orgánico da también pruebas y señales de *permanencia* y *continuidad*, en medio

59. «The notion that «heredity» determines one's «constitution» and that «constitution» determines one's fate, has long been a canon of medical thought».

60. *Anthropology and human nature*, «The Merlin Press», London, 1960, p. 152. Clyde Kluckhohn y Henry A. Murray encuentran el origen de esta opinión en el impacto que produjeron las teorías biológicas darwinianas y los descubrimientos de la Medicina de finales de siglo. «Under the spell of the spectacular success of Darwinian biology and the Medicine of the last hundred years, it has often been assumed that personality was no less definitely «given» at birth than was physique». *O. c.*, p. 56.

61. «Le problème de l'unité du moi —afirma el padre de la psicología francesa— est, sous sa forme ultime, un problème biologique».

62. *Conf.*: CHARLES BLONDEL, *o. c.*, pp. 128-129.

63. WOLFGANG LUTHE, *Factores neurohumorales y personalidad*, en «Teorías de la personalidad», Ed. Eudeba, Bs. As., 1968, p. 117.

D. B. LINDSLEY, *Neurophysiologie etc fonctions somatiques*, en «Methodes de la Psychologie», P. U. F., París, 1952, t. II, pp. 526 y ss.

de los cambios y transformaciones que lleva consigo el metabolismo de la vida. Nuestras células viejas y muertas son sustituidas por otras nuevas ⁶⁴, y así nuestros tejidos se renuevan y remozan; no obstante, el cuerpo sigue siendo el mismo. El factor responsable de esta perennidad y continuidad parece ser también el sistema neurohumoral. Es ya revelador el hecho de que sea únicamente la neurona la célula que carece de centrosoma, elemento, a juicio de los citólogos, implicado en la multiplicación y regeneración celular. La neurona y, por tanto, el sistema nervioso no se multiplica ni regenera sino que se diferencia y complica a lo largo de su ciclo evolutivo.

Finalmente, la misma «*actividad*» psicológica de la personalidad tendría igualmente su fuente en el sistema neuro-endocrino. J. Nuttin advierte a este respecto que «contrariamente a lo que se ha pensado hasta hace unos treinta años, la célula nerviosa no tiene necesidad, *para ser activa*, de una excitación exterior; no es fisiológicamente inerte, y su actividad natural constituiría un sistema de automotivación. Más recientemente Hebb ha expresado la idea que conviene identificar el estado general de motivación con la función de vigilancia que deriva de la formación reticular del tronco cerebral» ⁶⁵.

Los grandes centros neurohumorales son los que ponen en marcha, controlan y dirigen la gran corriente de la vida; esta es la conclusión que sacan de los datos suministrados por la *Biofisiología Crítica*.

Estas teorías biofisiológicas han tenido el gran mérito de haber llamado la atención de unos y otros sobre la importancia del substrato anatómico-fisiológico para la personalidad. La unidad, la identidad y la actividad orgánicas constituyen *el punto de apoyo*, los grandes pilares de la unidad, identidad y actividad psicológicas de la personalidad. Este soporte material es el que da base y consistencia a la pirámide de la personalidad.

Esta gran verdad digamos, que también ha sido intuita y presentida por filósofos y pedagogos. Ortega y Gasset advertía en este sentido que «cada uno de nosotros es ante todo una fuerza vital mayor o menor, rebosante o deficiente, sana o enferma» ⁶⁶. Y pedagogos ideológicamente tan dispares como Locke y el P. Manjón estaban de acuerdo que «para mejorar y elevar

64. «Solamente la capa externa viviente en la piel humana —afirma el premio Nóbel de Medicina, P. B. Medawar— se renueva completamente poco más o menos una vez al mes o aproximadamente 100 veces durante siete años.

La singularidad del individuo. Ed. Acrivia, Zaragoza, 1960, p. 115-116.

65. *La motivation*, en «Traité de Psychologie Expérimentale, P. U. F.» París, 1963, vol. V, p. s. MURPHY, *Personalidad*, p. 103.

66. *Vitalidad, alma y espíritu*, en *Espectador*, «Rev. de Occidente», Madrid, 1927, T. V. p. 121.

«El perfil espiritual de la persona se eleva sobre el pedestal del barro. Nuestra personalidad y nuestro espíritu obtienen la energía motriz y productora de los torrentes de sangre y vitalidad que corren por las cascadas de nuestra carne».

una nación no hay camino más seguro que vigorizar la condición física de sus habitantes y que las leyes más importantes eran aquellas que tendían al mejoramiento de la salud de los pueblos, y que no existía ninguna otra forma de educación individual más valiosa que la que enseña a vivir en perfecta salud» (Locke). El educador de Granada, es en este aspecto, más tajante y rotundo que el filósofo inglés. «*Hagamos animales perfectos* —grita a sus colaboradores en la escuela— *si queremos tener racionales perfectos*».

Y en otro lugar les advierte que «sin hombres sanos poco o nada pueden esperar ni la Religión, ni la Patria, ni la Humanidad, ni la Ciencia»⁶⁷.

Pero del reconocimiento de la importancia de este factor somático pasar a decir que «el organismo y el cerebro, su representación suprema. Sea la *personalidad real*» (Ribot) se da un salto tan brusco que científicamente no está justificado. «*Non sequitur*», diría Eysenck. Ni las realidades psíquicas pueden reducirse legítimamente a las biofisiológicas, porque representan unas y otras características que impiden esta reducción —«*son obstinadamente dos*», decía Flournoy—, ni tampoco se puede afirmar que los factores biofisiológicos constituyan la *única* variable independiente de una realidad tan compleja como la personalidad constituyen *uno* de los diversos grupos de factores que pueden influir e intervenir en su configuración y en la modalidad de su funcionamiento. Así lo reconocen, por otra parte, los neurofisiólogos más juiciosos. El propio Wolfgang Luthe, quien cita a otros muchos, escribe: «Aparte de la significación del eje neurohumoral para la compensación de la conducta, los estudios de la personalidad deberían considerar que las estructuras y los mecanismos neurohumorales y de otros tipos son el último término *prerrequisitos* para la realización ulterior de las posibilidades funcionales filogenéticas generales y de las específicas individuales, tal como están determinadas primariamente por la constelación genética multidimensional del individuo»⁶⁸.

Teorías socio-culturales

Como reacción al slogan del biologismo «*Personalidad y Biología*», los sociólogos y antropólogos culturalistas más radicales, como Durkheim, Malinowski⁶⁹, L. A. White⁷⁰, Lévy Bruhl⁷¹ lanzaron el de «*Personalidad*

67. *Lo que son las Escuelas del Avemaría*, E. N., Madrid, 1958, p.p 90, 386.

68. *O. c.*, p. 117.

69. *Scientific theory of Culture and other Essays*, University of Carolina, 1944.

70. *The individual and Culture Process*, University of Michigan, 1948. *The science of Culture*, New York, 1949.

71. *La mentalidad primitiva*, Ed. Leviatán, Bs. As., 1957.

y *Cultura*». Sostienen que la individualidad —*noción cuantitativa*— hunde sus raíces en la biología, mientras que la personalidad —*noción cualitativa*— lo hace en la Sociedad y la Cultura ⁷², La personalidad viene a ser, en resumidas cuentas, el fruto y producto de todo un proceso de socialización y culturalización. Somos y pensamos, sentimos y nos comportamos, como la Sociedad y la Cultura nos han enseñado a ser y a pensar, sentir y actuar. «Cada individuo —escribe White— nace dentro de una cultura que existe antes de su nacimiento. Esta cultura lo envuelve al nacer y a medida que crece y madura lo equipa con lenguaje, costumbres, creencias, útiles, etc. Brevemente *la cultura determina la forma y el contenido del comportamiento del ser humano*» ⁷³. El pensamiento del culturalismo viene a resumirse en esta fórmula sencilla $B = (f) C$; es decir, «Behavior», la conducta, es una función o variable dependiente de la Cultura ⁷⁴; en consecuencia, la *unidad*, la *identidad* y la *actividad* psicológicas de la personalidad derivan primordialmente de nuestra propia condición existencial *social y cultural*. La Sociedad no tolera en sus miembros ni la disgregación, ni la inestabilidad ni la inacción. Nos quiere unos, idénticos y dinámicos o activos. Y como el individuo normal y «*común*» necesita la aceptación y la aprobación del grupo al que se siente unido, psicológicamente se ve necesitado a seguir la senda para él trazada por la comunidad a que pertenece. A menor precio no hay aceptación ⁷⁵.

72. Clyde Kluckhohn y Henry A. Murray después de haber indicado que para algunos el problema «personalidad» era exclusivamente biológico, añade: «On the other hand, certain psychiatrists, sociologist, and anthropologist have recently tended to neglect constitutional factors almost completely», y están más inclinados a creer «That environmental factors ... are all important». *O. c.*, p. 56 y en otro lugar advierten que *Culture and personality* is one of the fashionable slogans of contemporary social science», p. 62.

73. *The science of culture*, New York, 1949, p. 165.

A. Ferrière, después de advertir que el hombre aislado de la comunidad o no es nada o mera posibilidad de ser, escribe, haciéndose eco de las doctrinas sociologistas: «*Se llega a hombre por y para la Sociedad. Ella es la matriz del hombre*».

La práctica de la Escuela Activa, Frco. Beltrán, Madrid, 1928, p. 42.

74. «En el proceso de interacción —escribe Wite en otro lugar entre el organismo humano de un lado y la tradición cultural extrasomática de otro, *el factor cultural es la variable*; el factor cultural determina las variaciones en el comportamiento humano de un organismo individual; es, por tanto, una función de la cultura. El individuo es el lugar del proceso cultural y el vehículo de su expresión.

The individual and Culture Process, University of Michigan ann Arbor, Filadelfia, 1948, pp. 157-158.

Anastasi y Foley exponen este mismo punto de vista con gran claridad cuando dice que «no es la raza ni el sexo», ni «el tipo» físico al que pertenece el individuo por herencia lo que determina su constitución psicológica, sino el grupo cultural en que ha sido creado, las tradiciones, actitudes y puntos de vista que se le han impuesto, y el tipo de capacidad favorecidas».

Citados por James O. Whittaker, Psicología, Ed. Interamericana, México, 1967, p. 69.

75. El hombre *común* que tiene y siente un horror al aislamiento tiende espontánea e incoerciblemente «*to do what society considers good praiseworthy*» (Cronbach), porque ella, confesaba un novelista de nuestros días, «es dura y cruel con el hombre, cuando ese hombre no sigue el exacto camino que ella (la sociedad) ideó para él». La persecución política o religiosa son una buena ejemplificación de lo que estamos diciendo». «Las profesiones —es-

Para que el escenario todo salga bien, la sociedad plantea al individuo junto al oficio, explícita o implícitamente, determinadas exigencias, y éste no podrá ya desarrollar su actividad de modo totalmente independiente, sino que la sociedad posee un determinado concepto, una imagen típica de dicho oficio y exige a cada cual que se atenga estrictamente a él, es decir, que subordine su individualidad al tipo.

«La sociedad espera y tiene que esperar del individuo que desempeñe lo mejor posible el papel que le asignó, es decir, que si uno es sacerdote no sólo ha de cumplir objetivamente las funciones de su cargo, sino que en todo tiempo y lugar tiene que desempeñar incuestionablemente el papel de sacerdote» (Jung) ⁷⁶.

Crítica

Los sociólogos y antropólogos culturalistas han obligado a psicólogos y psiquiatras a profundizar un poco más, de lo que hasta ahora se había hecho ⁷⁷, en la relación dinámica entre personalidad, sociedad y cultura. La búsqueda por unos y otros de «la relación de sentido» (Dilthey) de la personalidad, como *totalidad* existencial, tiene forzosamente que contar, de ahora en adelante, con el contexto socio-cultural en que el individuo se mueve y vive. La gran aportación de la moderna concepción psicoanalítica sobre el esquema freudiano estaba en haber visto al hombre no aislado en sí mismo, sino abierto y relacionado con su entorno. La *mundanidad* y el *nosismo* (Kunzel) constituyen una de las dimensiones más esenciales de la «hombredad» o personalidad humana. El mismo Nuttin después de subrayar que el rasgo más característico de la personalidad «es el de que en su constitución están incluidos una visión del mundo y una apertura a él». La personalidad él la ve como «una forma de ser y comportarse en un mundo que existe para la persona», y esta perspectiva sobre un mundo o situación vital es un *constituyente esencial* de la personalidad. En este sentido concluye, «la estructura fundamental de la personalidad es una «unidad» yo-mundo. Pero querer empeñarse en explicar la entera configuración de algo tan infinitamente complejo como la personalidad por el mero

cribe H. Bergmann, haciéndose eco de Jung—, pueden hacerse extremadamente peligrosas para la verdadera individualidad del hombre, sobre todo si están muy vinculadas a la vida pública. Y es que la vida pública reparte a los oficios «papeles» que cada uno habrá de representar en la gran función de la sociedad.

76. *Hacia la personalidad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, p.p 208, 259.

77. La influencia del medio social, físico o cultural sobre la personalidad, no podemos decir que sea un descubrimiento moderno. Desde siempre se había admitido. Ya que el viejo Hipócrates de Cos había llegado a la conclusión de que «*todo lo que la tierra produce es igual a ella misma*».

Conf.: R. ZANIEWSKI, *Les Théories des milieux...* Ed. Casterman, París, 1952.

influjo de unas variables sociedades, culturales y ambientales, resulta una simplificación unilateral del problema.

La personalidad es social pero es algo más que social. Jung, situándose en una perspectiva más bien sociológica que psicológica, advertía sabiamente que los individuos de menguada personalidad —a su juicio una abrumadora mayoría— son los que siguen fácilmente las pautas y senderos trazados para ellos por su comunidad o grupo. Su vida viene a ser un puro doblaje de la vida de la comunidad, y en consecuencia llevan una existencia colectiva, sin apenas conciencia de su individualidad personal, original y distinta. Todo lo contrario sucede en cambio con las grandes personalidades. «La grandeza de las personalidades históricas —dice textualmente— *jamás ha consistido en una subordinación a la convivencia, sino por el contrario, en una salvadora independencia de ella* ⁷⁸. (El subrayado es nuestro). En la personalidad hay, pues, algo superior y distinto a las meras variables socio-culturales, y hay que contar con ese algo si queremos dar con una explicación *integral* de esa totalidad existencial.

Digamos que hoy estas teorías unilaterales, radicales y extremistas, se pueden considerar como definitivamente superadas. Clyde Kluckhohn las encuentra «viejas» y sin sentido» ⁷⁹. Actualmente tratan de integrar estos distintos factores, considerando la personalidad «the expresión of the interaction of both» ⁸⁰; es decir, el resultado y producto de la mutua simbiosis entre los factores constitucionales biológicos, y los ambientales, sociales y culturales. En ciertos casos serán los factores biofisiológicos más importantes, en otros lo serán los factores socio-culturales, pero eso sí, nunca obran independientemente los unos de los otros.

Pero la personalidad no se agota ni en lo biológico, ni en lo cultural ni en los dos juntos o unidos. Hay que reconocer y admitir en ella —la experiencia misma nos obliga— factores subjetivos, internos que los rebasan y trascienden, aunque los *supongan*. «El ser humano —escribe a este respecto R. Zavalloni— es en parte, la expresión compleja de múltiples in-

78. O. c., pp. 146-147, 149: «Las personas auto-actualizadas —observa en el mismo sentido Maslow—, *no están bien adaptadas (en el ingenuo sentido de aprobación o identificación con la cultura). Caminan junto a la cultura por diferentes caminos, pero de todos ellos puede decirse que en un cierto sentido profundo y vivificativo, resisten a la «inculturación» y mantienen cierta separación interior de la cultura de la que están sumergidos*» (El subrayadoes del original). O. c., p. 231.

79. «*The old problem of «heredity or environment is essentially meaningless*».

En otro lugar, estos mismos AA., refiriéndose al slogan tan de moda «*Cultura y personalidad*», hacen este juicioso comentario, «Moreover, the slogan favors a dangerous simplification of the problems of personality for mality is a great gain, but there are some indications that this teoreti cal advance has tended to obscure the significance of the other types of determinants. «Culture and personality» is as lopsided as «biology and pers».

80. Ashley Montagu, O. c., p. 152. Esta misma opinión sistienen Kluckhohn y Murray, Murphy, etc., ya el subtítulo de la obra de este último es muy significativa a este respecto. *Personalidad. Una investigación biosocial de sus orígenes y estructuras*.

fluencias internas (biológicas) y externas (socioculturales); pero es también en gran medida, *lo que él hace de sí mismo*. Pero esta es precisamente la tesis que sostiene la llamada teoría psicológica que pasamos a exponer más en detalle.

Teoría psicológica

1) Teniendo en cuenta las grandes aportaciones de biólogos y neurólogos, sociólogos y antropólogos culturalistas, esta teoría sostiene que la «*unidad*», la «*identidad*» y la «*actividad*» de la personalidad son obra al fin de poderes subjetivos *especialmente* humanos, que unos denominan simplemente *razón* y *voluntad*; otros «*superestructura*» (Lersch); otros, en fin, «*espíritu*» (Hoffmann, Hartmann, Max Scheler, Ortega, etc.). Sin ellos no cabría hablar siquiera de personalidad formalmente considerada; por eso tan sólo los seres racionales o espirituales son capaces de esa modalidad su subsistencia que comúnmente consideramos como característica de la personalidad pura o subjetiva.

2) En virtud de esta «*superestructura*», de este «*espíritu*», el «yo» es capaz de trascenderse a sí mismo, de entregarse y de «participar» en lo que se halla más allá de sí mismo y de su interés inmediato»⁸¹. Por el espíritu, la personalidad es una estructura, nos lo ha dicho bellamente J. Nuttin, «que va más allá de su organización interna»⁸².

3) A través de esta razón y voluntad el «yo» armoniza e integra en un *todo* «*compacto*» y «*original*» todos los múltiples y diferentes aspectos que lo constituyen, y esta totalidad existencial, así *integrada*, funciona como una unidad. La personalidad bien *integrada* es comparable a una verdadera «*composición*», a una verdadera obra de arte, y en toda «*composición*», en toda verdadera obra de arte no hay ni fragmentos, ni elementos sueltos o dispersos, sino que cada una de las piezas, sin perder nunca la originalidad de su peculiar estructura y función, contribuye al esplendor y a la perfec-

81. *La estructura de la personalidad*, Ed. Scientia, Barcelona, 1958, T. I., p. 103.

En este mismo sentido escribe Max Scheler que «el hombre, en cuanto persona, es el único que puede elevarse por encima de sí mismo... y partiendo de un concepto situado, por así decirlo, allende el mundo espacio-temporal, convertir todas las cosas, y entre ellas también a sí mismo, en objeto de su reconocimiento». *El puesto del hombre en el cosmos*, Ed. Losada, Bs. As., 1964, p. 68.

Conf.: ORTEGA Y GASSET, *Vitalidad, alma y espíritu*, pp. 147-152.

BUYTENDIJK, *La mujer, Naturaleza, apariencia y existencia*, p. 254.

«Pero el espíritu —dice el gran psicólogo holandés— es aquello que permite al ser humano rebasar sobre sí mismo... «sobre-pasarse».

«Sólo en el ámbito espiritual, escribe H. Bergmann, es la personalidad capaz de elevarse por encima de sí misma tomando posición entre sí y ante el mundo, sobre todo ante el mundo de la verdad y de los valores reflejando y analizando». *O. c.*, p. 258.

82. *Dinámica de la personalidad*, p. 177.

ción del todo. En la personalidad bien integrada «todo se concierta —dice Valera hablando de la personalidad de su Pepita Jiménez— en un ritmo adecuado, todo se une en perfecta armonía, donde no se descubre nota que disuene»⁸³. En ella hasta las fuerzas más oscuras y bravías, bajo la sabia dirección de la razón y la prudente guía de la voluntad, asienten y consienten cooperar con todas las restantes al bien común del todo.

La profunda intuición de Platón vió precisamente al hombre justo, como al «hombre que no permite que ninguna parte de sí mismo haga nada que le sea extraño ni que los tres principios de su alma usurpen sus funciones respectivas, sino que, muy por el contrario, establezcan un verdadero orden en su interior que regule a sí mismo, que se discipline, que llegue a ser su propio amigo, que armonice las tres partes de su alma a semejanza de los tres términos de una escala musical, el más elevado, el más bajo y el central, más todos los tonos intermedios que puedan existir, que armonice estos elementos con objeto de *tornarse uno de múltiple que era*, que sea templado y lleno de armonía que ora cuide de su cuerpo, ya se ocupe de política, ya en sus relaciones privadas, juzgue siempre y llame hermosa a toda acción que mantenga y contribuya a realizar este estado de alma; así como que considere por sabiduría la ciencia que sea causa de semejantes acciones, denominando, por el contrario, injusta a la acción que destruya este estado, ignorancia a la opinión que semejante acción inspire»⁸⁴.

4) Esta «integración» «armonía» u «organización interna de rasgos, actitudes, aptitudes y congruencias en la conducta» (Nuttin), implica —ya nos lo ha dicho Platón— cierto nivel o grado de control y disciplina de sí mismo. El yo *integrado y maduro* es —vamos a decirlo con palabras de Séneca— «*securus sui possessor*», se posee a sí mismo, se pertenece a sí mismo, es dueño y señor seguro de sí mismo. Es algo distinto y superior a todos y a cada uno de los elementos que lo componen; por eso, «se levanta como una isla por sobre el mal agitado de la vida endotímica. Es el punto de Arquímedes a partir del cual se controlan la conducta y las acciones» (Lersch). El yo *integrado y maduro* se nos representa, en cierto sentido, como «un poder individual, indeterminado e incondicionado de autodeterminación» (R. Ehman). La libertad encarna y representa, pues, la expresión espiritual y suprema de la personalidad madura. Solamente los hombres verdaderamente libres y responsables son hombres de una vigorosa y espléndida personalidad. Cuando falta este señorío de sí mismo, esta autodisciplina o dirección del gobierno espiritual y central y la vía se abandona a sí misma, es cuando surgen los conflictos y las tensiones, las inflexibi-

83. *Pepita Jiménez*, Espasa-Calpe, Madrid, 1963, p. 48.

84. *La República*, Ed. Bergúa, Madrid, 1936, t. II, p. 247 (El subrayado es nuestro).

lidades y resistencias, la disgregación y desarmonía, la vida se automatiza, se dispersa, se masifica y la personalidad se licúa y esfuma. De este «yo» ya no cabría decir que sea verdaderamente un poder «indeterminado e incondicionado de autodeterminación», sino más bien, un yo comprometido ya por las fuerzas instintivas, ya por las conveniencias sociales⁸⁵.

5) Este autocontrol lleva espontáneamente a la «adaptación», y la adaptación lleva a la paz consigo mismo y a vivir en armonía con los demás, en una palabra a la salud personal y mental. «*La salud mental* —afirman a este respecto el eminente psiquiatra Villiam Sargant— *está en función de la eficacia de esta adaptación*»⁸⁶.

La personalidad bien integrada es también una personalidad perfectamente «ajustada» y «adaptada» al mundo, que es su mundo. Por tanto, aquel que no ha superado la agresión, que no es capaz de amar y trabajar en santa paz y comunión con los demás, el que no tiene amigos, el que está habitualmente desgarrado y atormentado por el tedio, el aburrimiento, la angustia y la duda, el que entra constantemente en conflicto con la autoridad, el que no acepta las exigencias, responsabilidades y compromisos que implica el vivir diario, no está ajustado, no está adaptado y su personalidad no es una personalidad madura⁸⁷. Los síntomas de «indaptación» son naturalmente muy numerosos y no todos de igual valor. A este respecto Wickman preparó una lista de 36 rasgos o características que en la opi-

85. La personalidad dueña de sí misma es también distinta y superior a su entorno físico-socio-cultural. La característica del psiquismo humano frente al del animal es la *creatividad* y la *invención*, pero estas implican la indocilidad a la «*circunstancia*». La característica del animal es, en cambio, el *conformismo* a la «*circunstancia*». Es dócil, repite, pero no crea.

Conf.: MASLOW, *Motivación y personalidad*, Ed. Sagitano, Barcelona, 1954, p. 221.

86. *Physiologie de la conversion religieuse et politique*, P. U. F., París, 1967, p. 42.

Conf.: C. R. ROGERS, *Le développement de la personne*, Ed. Dunod, París, 1967, pp. 122-136.

87. Para R. Zavalloni estar adaptados, significa psicológicamente «vivir en armonía con otras personas, expresar legítimos deseos y estar en disposición de alcanzar metas que uno se perfija. Estar adaptado significa sobre todo vivir mentalmente en paz consigo mismo y con el mundo en que vivimos».

Educación y personalidad, Ed. Fax, Madrid, 1958, p. 36.

Lee J. Cronbach destaca el espíritu de servicio y de trabajo en aras de la comunidad y la conciencia, como el rasgo más característico de la adaptación y madurez de la personalidad adaptada como aquella «*who commits himself to socially desirable goals and uses his energies effectively in working toward them*».

Educational Psychology, Staples Press Limited, London, 1958, p. 557. Para Ortega y Gasset estar adaptados equivale a vivir desde el espíritu. «Por el espíritu—escribe— abandonamos nuestra individualidad y entramos a participar de un orden universal, donde todos los espíritus desembocan y participan como el nuestro... De modo que el espíritu intelectual o volitivo, *excluye la exclusión, elimina la singularidad, nos suma e identifica con los demás*».

El espectador, «Rev. de Occidente», Madrid, 1927, T. V., pp. 147-152 (El subrayado es nuestro).

En esta misma línea están Lersch, Fromm, Anderson, etc.

nión común de las gentes se consideraban como «síntomas» claros de inmadurez o desajuste de la personalidad del adolescente, en este caso. Esta línea se la entregó a expertos y especialistas en Psicología y Pedagogía para que ellos las clasificaran, desde su respectivo punto de vista, de acuerdo con un criterio de «*gravedad*». Los resultados fueron los siguientes:

A) *Los psicólogos consideran como:*

SINTOMAS GRAVES	SINTOMAS MENOS GRAVES
1. <i>La infelicidad.</i>	1. <i>El molestar en la clase.</i>
2. <i>La pusilanimidad.</i>	2. <i>Reirse de las cosas santas.</i>
3. <i>El aislamiento social.</i>	3. <i>El fumar.</i>
4. <i>La crueldad.</i>	4. <i>La inconstancia.</i>
5. <i>La enuresis.</i>	5. <i>La apatía y desgana.</i>
6. <i>La timidez.</i>	6. <i>Experiencias heterosexuales.</i>
7. <i>La suspicacia.</i>	7. <i>La masturbación.</i>
8. <i>La sugestionabilidad.</i>	8. <i>La desidia y negligencia.</i>
9. <i>La fanfarronería.</i>	9. <i>La curiosidad morbosa.</i>
10. <i>La arrogancia.</i>	10. <i>La irreflexión.</i>

B) *Los educadores consideraron, en cambio, como*

SINTOMAS GRAVES	SINTOMAS MENOS GRAVES
1. Las experiencias heterosexuales.	1. El molestar en clase.
2. El hurto.	2. Las mentiras imaginadas.
3. La holgazanería.	3. La curiosidad morbosa.
4. El espíritu destructivo.	4. La inquietud y desasosiego.
5. La masturbación.	5. La simpleza y la astucia.
6. La mentira.	6. El chismorreó.
7. La trampa.	7. La irreflexión.
8. Dibujos y conversaciones obscenas.	8. La desidia y negligencia.
9. La impertinencia.	9. La timidez.
10. La crueldad.	10. La terquedad.

Los criterios de estimación coinciden. Para los psicólogos son calificados de «*graves*» aquellos síntomas que revelan trastornos y desajustes con los demás. Los pedagogos, en cambio, aquellas acciones que la moral y la sociedad prohíben y condenan ⁸⁸.

88. *Conf.:* LEE, J. CRONBACH, *O. c.*, pp. 555 y ss.

6) Finalmente, el dominio espiritual de sí mismo, así como esa flexibilidad en la conducta, que le permite «adaptarse» pronta y adecuadamente a las personas y situaciones más inesperadas y extrañas, supone un lúcido y objetivo conocimiento de nosotros mismos y de los demás, y una justa y racional comprensión y aceptación de nosotros mismos, *tal y como somos*, y de los otros, *tal y como son*. Elisabeth Sheerer ha creído poder resumir en las siguientes 8 características las principales manifestaciones psicológicas de esta sana «*self-acceptance*». El individuo que se acepta a sí mismo.

- a) Tiene fe en su capacidad para afrontar los problemas de la vida.
- b) Como persona se considera igual a los demás.
- c) No se ve a sí mismo como un ser «raro» o «anormal», y no teme que los otros le desprecien o rechacen.
- d) Es consciente de sí mismo.
- e) Se siente responsable de su conducta; es decir de cuanto piensa, dice o hace.
- f) El comportamiento se ajusta a sus propias maneras y no trata de imitar las de los extraños; o como diría Maslow es relativamente espontáneo en su comportamiento, y todavía mucho más en su vida interior, pensamientos e impulsos, etc. Su comportamiento está marcado por la sencillez y naturalidad y por falta de artificialidad o esfuerzos teatrales.
- g) El elogio así como la censura los acepta con la misma objetividad.
- h) No se desprecia por las imperfecciones y limitaciones que halla en sí, tampoco trata de negar u ocultar sus buenas cualidades.

Y el que de veras se conoce y acepta, conoce y acepta a los demás ⁸⁹.

89. «Au fur et á mesure qu'il (el cliente) peut accepter sa propre expérience, le client tend aussi á accepter l'autrui pour ce qu'ell sont Comme le dit á nouveau Maslow, en parlant toujours de ces individus auto actualisants: «On ne se plaint pas de l'humidité de l'eau ni de la dureté des rochers... Comme les enfants qui tournent vers le monde de grands yeux innocents qui ne critiquent pas mais se contentent d'observer et de noter ce qui passe, sans raisonner et sans exiger qu'il en soit autrement, de même les individus auto-actualisants observent la nature humaine en eux et dans les autres».

C. R. ROGERS, *Le développement de la personne*. Ed. Dunod, París, 1967, pp. 131 ídem *Psicoterapia centrada en el cliente*, Ed. Paidós, Bs. As., 1966, p. 34.

El propio Maslow escribe a este mismo respecto «Los que se aceptan a sí mismos pueden aceptar su propia naturaleza humana al estilo estoico, con todos sus defectos, con todas sus discrepancias de la imagen ideal, sin sentir preocupación real. Sería falso decir que están satisfechos de sí mismos. Lo que sucede es que encajan sus flaquezas y pecados, las debilidades y los males de la naturaleza humana con el mismo espíritu incuestionable con el que uno acepta las características de la naturaleza». Motivación y personalidad. Ed. Sagaritario. Barcelona, 1954, pp. 214-215.

Advirtamos de paso, también, que no está justificada una identificación entre dos actitudes tan distintas como la *autestimación* o *autoaceptación* y la *autoexaltación*. Freud las incluyó a las dos como tendencias «narcisistas», su diferencia era puramente gradual. Nosotros, en cambio, con Karen Horney pensamos que «la diferencia entre autoestimación y autoexaltación no es *cuantitativa*, sino *calitativa*. La verdadera autoestimación descansa

El que *objetivamente* se conoce a sí mismo sabe muy bien hasta donde le es permitido aspirar y qué es lo que los otros tienen derecho a esperar de él. Encontramos efectivamente una alta y significativa correlación entre el nivel de sus posibilidades y el de sus aspiraciones. Nada de sentimientos de inferioridad, de culpabilidad, de autorepulsión o de engrimiento y petulancia.

Sabe muy bien qué es lo que puede esperar y exigir de cada uno de ellos, y la razonable compensación y aceptación de sus objetivos, exigencias y necesidades lo sitúa en las mejores condiciones para poder vivir en paz y comunión con ellos.

La personalidad como empresa de vida

Pero esta personalidad descrita, que ha conseguido «el máximo de espontaneidad con el máximo de armonía» (Anderson), o que ha puesto en acción, como nos diría Jung, «la afirmación absoluta del ser individual y la triunfante adaptación a los hechos universales con simultánea libertad de la propia determinación», no se nos da como punto de partida, para el propio Jung dicha «personalidad es un *germen* en el niño, que sólo se desarrolla paulatinamente por y en la vida⁹⁰. Y desde otras perspectivas, X. Zubiri, con su acostumbrada profundidad, nos viene a decir lo mismo: «El hombre *existe ya* como persona, en el sentido de ser un ente cuya entidad consiste en *tener que realizarse* como personas, tener que elaborar su personalidad en la vida»⁹¹.

Es, pues, el término de un largo y complicado proceso de maduración, de aprendizaje, de educación, de culturalización, pero, sobre todo, el resultado de un laborioso, cotidiano y personal esfuerzo. Tienen razón los llamados «situacionistas» cuando afirman que «*la personalidad se hace cotidianamente, en cada momento*⁹². Los hombres somos responsables tanto de nuestro «ser» como de nuestro «llegar-a-ser». La suerte y destino de nuestra propia personalidad está últimamente en nuestras propias manos. Somos, en definitiva, obra y hechura nuestra, como nos lo ha dicho, en un texto incomparable, el célebre humanista Pico della Mirandola: «No te di, Adamo, ni un puesto determinado, ni aspecto propio, ni función alguna que te fuera peculiar, con el fin de que aquel puesto, aquel aspecto, aquella función por

en las cualidades que posee en realidad una persona mientras que la autoexaltación implica presentar a sí mismo a los demás, cualidades y proezas sin fundamento adecuado».

El nuevo psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 74. *Conf.* también HERMANN BERGMANN, *Hacia la personalidad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, pp. 236-238.

90. *La realidad del alma*, Ed. Losada, Bs. As., 1957, p. 143.

91. *Naturaleza, Historia, Dios*, Ed. Nac., Madrid, 1951, p. 336.

92. GARDNER MURPHY, *O. c.*, p. 914.

los que te decidieras, los obtengas y conserves según tu deseo y designio. La naturaleza limitada de los otros se halla determinada por las leyes que yo he dictado. La tuya, tú mismo lo determinarás sin estar limitado por barrera ninguna, por tu propia voluntad, *en cuyas manos te he confiado*. Te puse en el centro del mundo, con el fin de que pudieras observar desde allí todo lo que existe en el mundo. No te hice ni celestial, ni terrenal, ni mortal, ni inmortal, con el fin de que *casi libre y soberano artífice de ti mismo te plasmaras y te esculpieras en la forma que hubieras elegido*. Podrás degenerar hacia las cosas inferiores que son los brutos; podrás —de acuerdo con la decisión de tu voluntad— regenerarte hacia las cosas superiores que son divinas»⁹³.

Y cuando uno, en esos momentos de bonanza y sinceridad espirituales, se adentra en sí mismo, reconoce lealmente que las cosas son así. Uno se sorprende a sí mismo no sólo como «puro existente», sino —sobre todo— como «vocación», «exigencia», «impulso», a ser, a subir, a trascenderse, a no dejarse vivir ni arrastrar, sino a regir y domeñar con imperio las fuerzas más indisciplinadas y rebeldes de nuestro propio mundo y las exigencias y presiones más urgentes del mundo del entorno. Y esta autoobservación ha recibido modernamente una confirmación rigurosamente científica por parte de la psicología personalística y la llamada «*psicoterapia autagógica*». C. R. Rogers, después de una ya larga y paciente observación de sus clientes, llegó a la conclusión que, por debajo de todas las apariencias, conveniencias y exigencias, el individuo busca siempre la plena actualización de sí mismo «*être vraiment soi même*», y esta misma observación psicoterapéutica le llevó a comprender mejor la *originalidad* de los grandes espíritus creadores, como el Greco, Hemingway, Eistein, que en el fondo no buscaban otra cosa que ser, como sus clientes, fieles a sí mismos, ser ellos mismos⁹⁴.

Personalidad e ideal.—Pero este sentimiento de la propia responsabilidad personal, como toda las grandes ejergias de la vida del espíritu, corre el peligro, si no se le estimula y desvela, de ser arrollado por el ímpetu de lo que W. James llamó «*the stream of conscionsness*», o la presión de la conveniencia social. Una de las tareas más apremiantes y urgentes del educador será crear en torno a su educando una atmósfera espiritual que mantenga vivo y operante este impulso que lleva al niño a su autorealiza-

93. Citado por E. FROMM, *El miedo de la libertad*, Ed. Paidós, Bs. As., 1961, p. 8 (El subrayado es nuestro).

Una breve pero lúcida exposición del pensamiento jungniano a este respecto puede encontrarla el lector en la ya citada obra de H. Bergmann, p. 248.

94. *Le développement de la personne*, Ed. Dunod, París, 1967, pp. 124-131. *Conf. Maslow, Motivación y personalidad*, Ed. Sagitario, Barcelona, 1954, p. 121.

ción personal. Pero, ¿cómo? Despertando en el sujeto-educando la clara conciencia de su ideal. Sin un ideal, sin una idea clara de lo que va buscando, de lo que se quiere en la vida, no es posible salvar psicológicamente la *unidad*, la *estabilidad* y la *actividad*, consciente y autónoma digamos, la *personalidad*. El ideal moviliza unifica y polariza toda esa gama de fuerzas propulsoras y motrices que pueblan el mundo de nuestra intimidad personal. A la vez de este ideal, que el espíritu intelectual y volitivo les pone delante, cada una de estas fuerzas por su propio pie espontáneamente, sin la menor coerción, y a su modo, es decir, de acuerdo con su propia configuración con las restantes fuerzas hacia su prosecución. Y en ese tender, en ese proyectarse constante e ininterrumpido de la totalidad existencial hacia un ideal que se va alejando a medida que nos vamos aproximando está la raíz de nuestra unidad, de nuestra estabilidad y de nuestra propia salud personal y mental ⁹⁵.

El ideal da sentido y dirección a nuestra actividad. En esa personalidad empeñada y proyectada hacia adelante no hay lugar ni para la angustia, ni para el aburrimiento, ni para el tedio, ni para la depresión. Tampoco

95. Harry pregunta a su maestro Allen ¿Perché mettere tanto in risalto l'irraggiungibilità degli ideali cristiani?

Allen —Per la semplice ragione che un indefinito tendere in questa vita é l'unica e sola condizione di normalità nello sviluppo personale

Il tendere é ciò che da unità e sanità all'individuo...

Harry —¿Non é questo il tema del Faust di Goethe?

Allen —Sì. Recorderai ciò che canta il coro degli angeli:

*Colui che tende incessantemente meglio a sé atesso,
quello noi possiamo salvare*

Seconde il suo patto col diavolo, Faust sarebbe stato dannato se avesse detto: «Fermati, sei bello» cioè se avesse pensato che il suo abiettivo era raggiunto.

Y en este mismo sentido escribía ya nuestro Ortega y Gasset:

«Es condición de todo ideal no ser posible realizarlo. Su papel consiste más bien en exigirse más allá de la realidad, influyendo simbólicamente sobre ésta a la manera que la estrella influye sobre la nave. Norte y Sur no son puertos donde quepa arripar, son gestos remotos y ultrarreales, que difíciles rutas y crear direcciones» *El espectador*, «R. Occ.», p. 62.

Essere uomo, ecco ciò che Faust voleva, e per essere tale egli doveva tendere a pregettare e faticare ed avanzare verso qualcosa che gli stava dinnanzi». G. W. Allport, *Le radici della religione*, en «Orientamenti Pedagogici», marzo-aprile, 1957, pp. 169-170 (El subrayado es nuestro). Viktor E. Frankl sostiene una idea muy parecida a la expuesta por Allport «Solamente, dice, en la medida que nos damos, en que nos exponemos y entregamos al mundo y a la tarea y a las exigencias que de él irradian sobre nuestra vida, solamente en la medida en que nos preocupe lo que pasa allá afuera en el mundo y en las cosas y no de nosotros mismos o de nuestras necesidades *solamente en la medida en que realizamos una misión*, cumplimos un *deber*, *llenamos un sentido* o realizamos una misión, un valor, en esa medida nos realizamos y *Consumamos a nosotros mismos*». *Idea psicológica del hombre*, Ed. Rialp, Madrid, 1965, pp. 56, 65-66 (El subrayado es del original).

Maslow también mantiene que «*la persecución de necesidades superiores, representa un un saludable rumbo de avance, un campo apartado de la psicopatología*». O. c., pp. 153-154 (El subrayado es del original).

Conf. nuestro estudio: *La personalidad del futuro sacerdote*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1965, pp. 30-33.

suelen darse en ella grandes conflictos, pero cuando estos aparecen se resuelven (relativamente fácil hacerse siempre sin estridencias ni desajustes peligrosos. A la voluntad le resulta relativamente fácil hacerse aceptar por las fuerzas más bravías y rebeldes cuando tiene un «*porqué*» a la espalda y un «*para qué*» de frente que las enardezca y entusiasme. Las verdaderas dificultades y conflictos peligrosos se levantan cuando la personalidad ha perdido de vista su ideal, y cuando éste ya no tiene para ella ni su original sentido, ni su primitivo «*carácter invitativo*» (Lewin). Con la pérdida del ideal la personalidad ha perdido también el sentido y la dirección de su esfuerzo y de su vida, y se encuentra literalmente sin saber qué hacer consigo misma. Las fuerzas hasta ese momento unidas y solidarias de una empresa común, abandonadas a su propia suerte, entran en pugna unas con otras, rivalizando en la prosecución de su propio y particular provecho. Ante esta situación conflictiva, la personalidad termina no aceptándose a sí misma⁹⁶. La misma vida, que hasta ese momento le había parecido un precioso don del Cielo, comienza a sentirla y a verla como una pesada carga⁹⁷. La angustia y la depresión, el tedio y el vacío existencial son los compañeros inseparables de semejante situación. «Hay un vacío espiritual —confesaba una enferma neurótica a V. E. Frankl—, me siento sin apoyo; todo me parece absurdo... ahora me encuentro sola; yo quisiera hallar otra vez un sentido a la vida⁹⁸. La falta de un ideal en su vida constituía, a juicio del eminente psiquiatra vienés, «el verdadero telón de fondo, *el substrato existencial de la neurosis*» (El subrayado es nuestro)⁹⁹.

El ideal es, pues, la condición existencial de una personalidad sana, vigorosa y madura¹⁰⁰. La grandeza del ideal nos da en cierta medida la gran-

96. La propia aceptación como finalmente advierte Lee J. Cronbach, sólo tiene lugar «*when the person thinks that he is progressing toward his ideal*». *o. c.*, p. 559.

97. A la pregunta: «¿Qué es para ti la vida?», contestaba una joven de 17 años «La vita é una f... Non potrebbe essere peggio, non vedo nessun modo di vivere che non sia piu infelice», pero la misma chica se apresuró a declarar que la raíz de esta profunda insatisfacción la encontraba en que no sabía «*chi sono, da dove sono venuta e dove vado*».

Esto mismo nos lo ha dicho hermosamente A. Camus a través del noble patricio Quereas: *Una voz*. —Le vemos como es ¡el más insensato de los tiranos!

Quereas. —No. Ya conocíamos emperadores locos. Pero éste no es bastante loco. Y lo detesto, pues sabe lo que quiere.

Primer Patricio. —Quiere la muerte de todos nosotros.

Quereas. —No, porque eso es secundario. Poner su poder al servicio de una pasión más elevada y mortal, nos amenaza en lo más profundo que tenemos. Y sin duda no es la primera vez que entre nosotros un hombre dispone de poder sin límites, pero por primera vez lo utiliza sin límites, hasta negar el hombre y el mundo. Eso es lo que me aterra en él y lo que quiero combatir. Perder la vida es poca cosa y no me faltará valor cuando sea necesario. Pero ver cómo desaparece el sentido de esta vida, la razón de nuestra existencia es insostenible. *No se puede vivir sin razones*». Calígula, Ed. Losada, Bs. As., 1962, p. 7.

98. *Práctica y teoría de la Psicología individual*. E. Paidós, Bs. As., 1963, p. 18.

P. G. GRASSO, *Giuventù di metà secolo*, Ed. A. V. E., Roma, 1954, p. 72.

99. *Idea psicológica del hombre*, Ed. Rialp, Madrid, 1965, p. 51.

100. «Sin ideal —comenta el gran educador don Francisco Giner de los Ríos— la vida

deza de la personalidad. Los grandes hombres, como Ghandi, o Santa Juana de Arco, el Dr. Schweither o Einstein, tuvieron grandes ideales y creyeron en ellos ¹⁰¹.

E. Fromm, que ha dedicado muchas páginas al estudio de este asunto, resume así nuestra tesis: «Dado que la necesidad de un sistema de orientación forma parte intrínseca de la existencia humana, podemos comprender la intensidad de esa necesidad. Ciertamente no existe en el hombre otra fuente de energía más poderosa.

El hombre no es libre de elegir entre tener o no tener ideales, pero lo es para elegir entre diferentes clases de ideales...» ¹⁰².

Digamos, para terminar, que tanto el educador como el psicoterapeuta, si quieren llevar a buen término su obra, deben arreglárselas para situar al educando o al cliente en condiciones de que pueda por sí mismo libre y conscientemente elegir el ideal que responda a las más personales e íntimas exigencias, y el camino a seguir para alcanzarlo. Cuando el educando se acerca a la vida, llevado de la mano del educador, con la conciencia clara de su ideal, su obra educativa se puede decir ya acabada. Es posible que no esté del todo maduro, que no sea del todo un hombre, pero trabajará por serlo y hasta acabará por serlo ¹⁰³.

del hombre, pero de todo hombre... es insípida, insustancial. Inerte; es vegetación no vida humana; a lo sumo, aquello que Vischer ha llamado el placer del cordero en la yerba». *Ensayos Menores sobre Educación y Enseñanza*, O. C., vol. XVII, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1927, t. II, p. 148.

101. «*La auténtica personalidad*, escribe Jung, *tiene siempre su destino, cree en él*». O. c., p. 148.

«Nuestros sujetos (personas autodesarrolladas), escribe Muslow, en general están dirigidos hacia problemas exteriores a ellos... Estos individuos suelen tener alguna misión en la vida, alguna tarea que cumplimentar, algún problema exterior a ellos que consume muchas de sus energías. O. c., p. 219.

102. *Ética y psicoanálisis*, p. 59.

El miedo a la libertad, Ed. Paidós, Bs. As., 1961, pp. 303 y ss.

103. Conf.: ROGERS, *Le développement de la personne*, Dunod, París, 1967, p. 128.

G. LUTTE, *Le développement du moi idéal, Recherche interculturelle sur adolescents de seps nations d'Europe*, en «Orientamenti Pedagogici», Anno XIV, (1967).

PAUL HOSSFELD, *Formación de la personalidad*, Herder, Barcelona, 1964, pp. 30 y ss.

F. D. BROOKS, *Psicología de la adolescencia*, Ed. Kapeluzs, 1969, pp. 323, 325 y ss.

G. SIEGMUD, *Fe en Dios y salud psíquica*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1966, p. 72.

KÜNKEL, *Del yo a nosotros*, Ed. Luis Miracle, Barcelona, 1965, pp. 37, 39.

BIBLIOGRAFIA

- ADLER, A., *Práctica y teoría de la psicología del individuo*, Ed. Paidós, Bs. As., 1953.
 — *El conocimiento del hombre*, Colección Austral, Madrid, 1957.
- ADELSON, J., *Personality*, en «Journal of Personality and Social Psychology», University of Michigan, vol. V (1969).
 Al final de este estudio el lector podrá encontrar una amplia bibliografía sobre nuestro asunto, toda en lengua inglesa.
- ALLEN, R. M., *Variables in personality theory and personality testing*, H. K. Lewis & Co., London, 1965.
- ALLERS, R., *Naturaleza y educación del carácter*, Labor, Barcelona, 1950.
- ALLPORT, G. W., *La personalidad*, Ed. Herder, Barcelona, 1966.
 — *The fruits of eclecticism, bitter or sweet?*, en «Acta Psychol», n. 23 (1964).
 — *Pattern and growth in personality*, Gower Street, London, 1961.
 — *Becoming: Basic considerations for a Psychology of personality*, H. K. Lewis & Co. London, 1965.
- ADRIAN VAN KANN, *Religion et personnalité*, Ed. Salvator, París, 1967.
- ARNOLD, M. B., *Emotion and personality*, H. K. Lewis Co., London, 1960, 2 vol.
- BERGMAN, H., *Hacia la personalidad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1969.
 Al final nos da una reseña bibliográfica, pero en su mayor parte en alemán.
- BLONDEL, CH., *Personnalité*, P. U. F., París, 1948.
- BRIM, O. G., *Personality and decision process*, Oliver & Boyd, Edimburgh, 1968.
- BURTON A. & HARRIS R. E., *Clinical studies of personality*, H. K. Lewis & Co., London, 1962, 2 vol.
- CABEZAS, J. A., *Personalidad humana del seminarista*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1963.
 — *Educación y libertad*, en «Rev. Educadores», núm. 49 (1968).
- CAMERÓN, N., *Personality development and psychopathology: A dynamic approach*, Academic Press, New York, 1963.
- COETSIER, L. y OSSOLA, *Investigación inductiva de tipos de reacción a la frustración*, en «Rev. Psic. Gen. y Apl.», Madrid, núm. 89 (1967).
- CARUSO, I., *Bios, Psiqué, Persona*, Ed. Gredos, Madrid, 1965.
- CRONBACH, L., *Educational Psychology*, Staples Press Limited, London, 1958.
- CATTEL, R. B., *Objective personality test: a reply to Dr. Eysenck*, en «Occup Psychol» (1964).
- CATTEL, R. B., AND HOWARTH, E., *Verification of objective test personality factor patterns in middle childhood*, en «Journ. Genet. Psych» (1964).
- CURRAN, CH., *La psicoterapia autagógica y sus aplicaciones educativas y pastorales*, Razón y Fe, Madrid, 1963.
- DABROWSKI, H., *Personality-shaping through disintegration*, Gower Street, London, 1967.
- DIERS, C. J., *Social desirability and acquiescence in response to personality items*, en «Journ. Consult. Psychol.», núm. 28 (1964)
- EYSENCK, H. J., *Estudio científico de la personalidad*, Paidós, Bs. As., 1959.
 — *The biological basis of personality*, H. K. Lewis & Co., London, 1967, 2 vol.
- FRAISSE, P., *La evolución del comportamiento*, en «Rev. Ps. Gen. y Aplic.», Madrid, núm. 90 (1967).
- FRANKL, V. E., *La idea psicológica del hombre*, Ed. Rialp, Madrid, 1965.
 — *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cult. Econ., México, 1967.
- FISKE, D. W., *Problems in measuring personality*, in «Concepts of Personality», 449-473 (1963).
 — *Homogeneity and variation in measuring personality*, in «Am. Psychologist», núm. 18 (1963).
- FOULDS, G. A., *Personality and personal illness*, H. K. Lewis & Co., London, 1965.
- FRIEDMAN, N., *The social nature of psychological research*, Basic Books, New York, 1967.
- FRONN, E., *El miedo a la libertad*, Ed. Paidós, Bs. As., 1961.
 — *Ética y psicoanálisis*, Fondo de Cultura Econ., México, 1966.
 — *El arte de amar*, Ed. Paidós, Bs. As., 1959.
- GUNTRIP, H., *Personality structure and human interaction*, Gower Street, London, 1961.
- HALL, C. A., *A modest confirmation of Freud's theory of a distinction between the superego of men and women*, in «Jour. Abnorm. Soc. Psychol.», núm. 69 (1964).
- HALL, C. S. & LINDZEY G., *Theories of personality*, H. K. Lewis & Co., London, 1965.
- HARROWER, M., *Appraising personality: An introduction to the projective techniques*, Gower Street, London, 1964.

- HARVEY, HUNT AND SCHRODER, *Conceptual systems and personality organization*, Wiley, New York, 1961.
- HOLTZMAN, W. H., *Personality structure*, «Ann Rev. Psychology», núm. 16 (1965).
- HENRY Y HELMUT, *Teorías de la personalidad*, Eudeba, Bs. As., 1968.
- HUNT, J., *Traditional personality theory in the light of recent evidence*, «Am. Sci», núm. 53 (1965).
- JESSOR R. & FESHBACH, *Personality and Clinical Psychology*, Ed. Scheerer, C. Harper & Row, New York, 1967.
- JOURARD, S. M., *Personal adjustment: An approach through the Study of Healthy Personality*, Ronald Press, New York, 1963.
- JUNG, C. G., *El yo y el inconsciente*, Ed. Miracle, Barcelona, 1968.
- *Realidad del alma*, Ed. Losada, Bs. As., 1957.
- *Tipos psicológicos*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1950.
- KAHN, J. H., *Human growth and development of personality*, Ronald Press, New York, 1965.
- KAREN HORNEY, *El nuevo psicoanálisis*, Fondo de Cult. Econ., México, 1960.
- *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Ed. Paidós, Bs. As., 1961.
- KELLY, G. A., *A theory of personality: The psychology of Personal Constructs*, Norton, New York, 1963.
- KLEIN, BARR & WOLITZKY, *Personality*, in «British Jour. of Psychol» (1969)
- En la bibliografía que dan al final recogen 451 estudios sobre el asunto
- *Nonparametric factor analysis of personality theories*, in *Journ. Individ. Psychology*, 19 (1963).
- KLUCKHON, CL. & MURRAY, H. A., *Personality in nature, society and culture*, Alfred A. Knopf, New York, 1959.
- KISKER, G. W., *The disorganized personality*, Norton, New York, 1964.
- KRESTCHMER, E., *Constitución y carácter*, Labor, Barcelona, 1960.
- *Psicología Médica*, Labor, Barcelona, 1954.
- KUNKEL, F. Y DICKERSON, *La formación del carácter*, Paidós, Bs. As., 1964.
- KUNKEL, F., *Del yo al nosotros*, Ed. Herder, Barcelona, 1966.
- LERSCH, PH., *La estructura de la personalidad*, Ed Scientia, Barcelona, 1958.
- *Sobre la teoría de la expresión anímica de la personalidad*, en «Rev. Psic. Gen. y Apl.», núm. 89 (1967).
- LEWIN, K., *A dynamic theory o personality*, McGraw-Hill Book, New York, 1935
- LÓPEZ IBOR, *Lecciones de Psicología Médica*, Ed. Montalvo, Madrid, 1961, T. I.
- LINZEY & HALL, C. S., *Theories o personality: Primary sources and research*, MacGraw-Hill, New York, 1965.
- MIELI, *Personalité*, en *Traité de Psychologie Experimentale*, P. U. F., París, 1963, t. V.
- MURPHY, G., *Personalidad. Una investigación biosocial de sus orígenes y estructura*, Bibl. de Estudios Políticos, Madrid, 1956.
- MURRAY, H. A., *Explorations in Personality*, Oxford University Press, New York, 1938.
- MURRAY, E. J., *Motivation and emotion*, Prentice-Hall, INC, New Jersey, 1964.
- NEUGARTEN, B. L., *Personality in middle and late life*, Norton, New York, 1964.
- NORMAN, W. T., *Toward an adequate taxonomy o personality atributtes: replicated factor structure in peer nomination personality ratings*, in *Journ. Abnorm Soc. Psychol.*, núm. 66 (1963).
- OKAMOTO, E., *Personality trait deduced from behavior*, in «Journ. Psychl Res», núm. 6 (1964).
- ORTEGA Y GASSET, J., *Vitalidad, alma y espíritu*, en *El espectador*, «Rev. de Occidente», Madrid, 1927, T. V.
- PINILLOS, J. L., *Los fundamentos cognitivos de la personalidad*, en «Rev. Psic. Gen. y Apl.», núms. 88-89 (1967).
- *Los aspectos psicológicos del desarrollo corporal*, en «S. M.» núm. 5 (1965).
- POVEDA ARIÑO, *La contribución del psicólogo al estudio de los desajustes de la personalidad*, en «Rev. Psic. Gen. y Aplic.» núm. 73 (1964).
- PINZÓN LUCÍA, *Realización de sí mismo mediante experiencias de enseñanzas*, en «Rev. Psic. Gen. y Apl.», núm. 21 (1966).
- QUINTANA CABANAS, J. M., *El sentimiento de la inferioridad en la dinámica de la persona*, en «Rev. Psic. Gen. y Apl.», núm. 21 (1966).
- RETHINGSHAFFER, D., *Motivation as related to personality*, H. K. Lewis & Co, London, 1963.
- ROGERS, C., *Psicoterapia centrada en el cliente*, Paidós, Bs. As. 1966.
- *Le developpement en la personne*, Ed. Dumod, París, 1967.
- ROSENZWEIG, S., *L'Observation et l'étude de la personnalité*, en «Methodes de la Psychologie, P. U. F., París, 1952, t. II, pp. 663 y ss.

- RUITENBEEK, H. M., *Varieties of personality*, Norton, New York, 1964.
- SAHAKIAN, W. S., *Psychology of personality*, H. K. Lewis & Co., London, 1965.
- SARASON, I. G., *Personality*, Gower Street, London, 1966.
- SMITH, M. B., *Opinions and personality*, McGraw-Hill, New York, 1964.
- STAGNER, R., *Psychology of personality*, H. K. Lewis & Co., London, 1961.
- STORR, A., *The integrity of the personality*, Gower Street, London, 1960.
- SANFORD, N., *Personality: its place in psychology*, Mac Graw-Hill, New York, 1963.
- SHRABLE, K., STEWARD, L. H., *Personality correlates of achievement imagery: Theoretical and methodological implications*, in «Percept. Mot. Skills», núm. 24 (1967).
- SHURE, G. H., and ROGERS, M. S., *Personality factor stability for three ability level*, Narton, New York, 1965.
- TAYLOR, R. G., *Personality traits and discrepant achievement: a review*, in «Journ. Counsel. Psychol.», núm. 11 (1964).
- TOMKINS & IZARD, *Cognition and personality*, Gower Street, London, 1965.
- VANNOY, J. S., *Generality of cognitive complexity-simplicity as a personality construct*, in «Journ. Pers. Soc. Psychol.», núm. 2 (1965).
- VERNON, P. E., *Personality assessment: a critical survey*, Methuen, London, 1964.
- WEPMAN & HEINE, *Concepts of personality*, H. K. Lewis & Con., London, 1963.
- WALLACE, J., *An abilities conception of personality: some implications for personality measurement*, in «Am. Psychologist.», núm. 21 (1966).
- WESSMAN & RICKS, *Mood and personality*, Gower Street, London, 1966.
- WHITE, R. W., *The abnormal personality*, in «Reading in Psychology» (1965).
- YELA GRANIZO, M., *Conciencia, cuerpo y conducta*, en «Rev. Universidad de Madrid», núm. 41 (1967).